



Escrito en el polvo

clark carrados



La habitación estaba en penumbra, aunque para un recién llegado, habría creído en el primer momento que reinaba una casi total oscuridad.

Sin embargo, había claridad. La fuente de dicha luz estaba a ciento cincuenta millones de kilómetros y era el Sol.

Un rayo penetraba a través de un redondo orificio, de un centímetro de diámetro, practicado con una barrena en los cerrados postigos de la ventana. El rayo empezaba en el Sol y terminaba en la mejilla izquierda de un hombre.

El hombre estaba sentado sobre una silla, cuyas patas se hallaban sólidamente atornilladas al suelo. Fuertes ligaduras le inmovilizaban en absoluto.

Ni siquiera podía mover la cabeza. El respaldo tenía una prolongación a la cual había sido sujeto el cráneo, por medio de una ancha banda de cinta adhesiva.



Clark Carrados

Escrito en el polvo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 842

ePub r1.0

Lds 30.11.17

Título original: *Escrito en el polvo*

Clark Carrados, 1966

Cubierta: Deslilo

Ilustraciones interiores: Costa y Ortega

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2

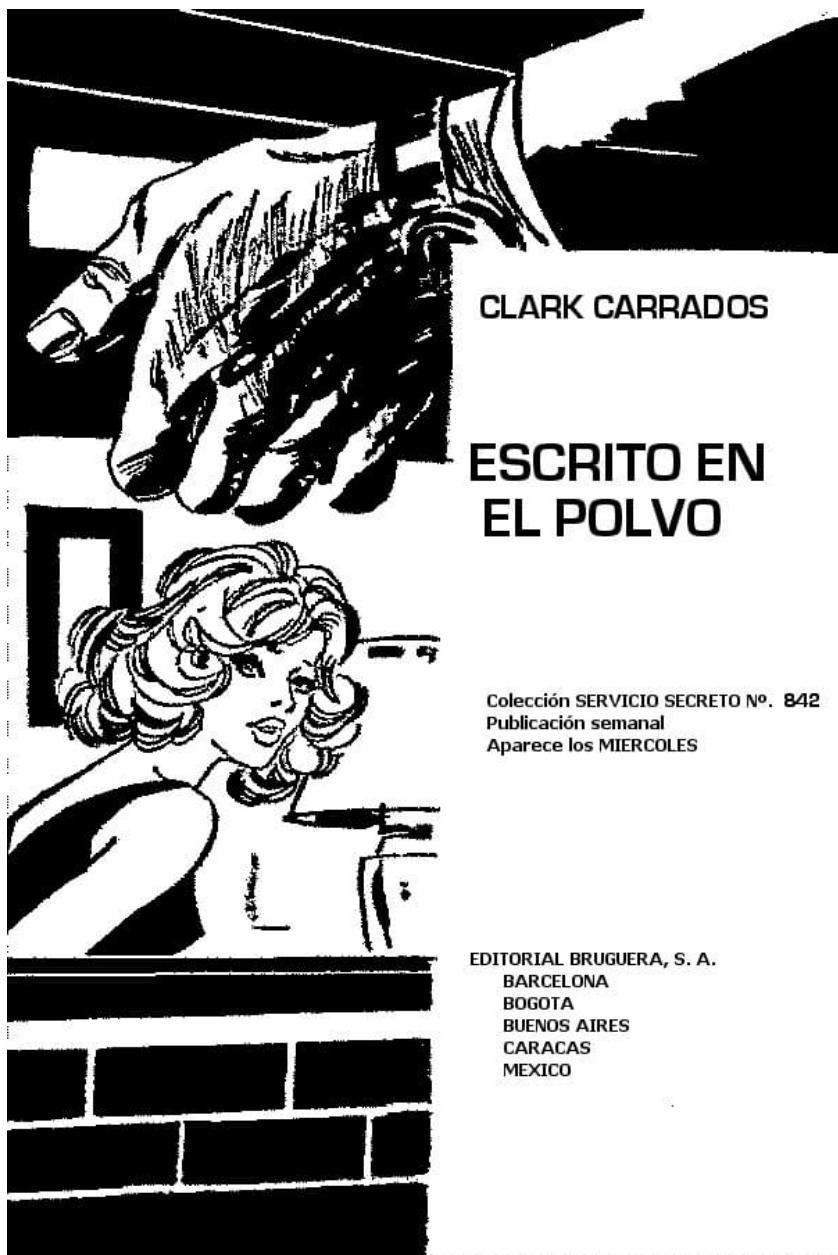




SS

SERVICIO SECRETO

eb



CLARK CARRADOS

ESCRITO EN EL POLVO

Colección **SERVICIO SECRETO** Nº. 842
Publicación semanal
Aparece los **MIÉRCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTÁ
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO

CAROL

SHERIDAN
LECARR



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

La habitación estaba en penumbra, aunque para un recién llegado, habría creído en el primer momento que reinaba una casi total oscuridad.

Sin embargo, había claridad. La fuente de dicha luz estaba a ciento cincuenta millones de kilómetros y era el Sol.

Un rayo penetraba a través de un redondo orificio, de un centímetro de diámetro, practicado con una barrena en los cerrados postigos de la ventana. El rayo empezaba en el Sol y terminaba en la mejilla izquierda de un hombre.

El hombre estaba sentado sobre una silla, cuyas patas se hallaban sólidamente atornilladas al suelo. Fuertes ligaduras le inmovilizaban en absoluto.

Ni siquiera podía mover la cabeza. El respaldo tenía una prolongación a la cual había sido sujeto el cráneo, por medio de una ancha banda de cinta adhesiva.

Sólo se le permitía respirar. El ambiente, sin embargo, sofocante más que caluroso, provocaba un continuo jadeo en la respiración del individuo.

Tres hombres más le rodeaban. Uno de ellos era alto, membrudo, de pelo intensamente negro y cejas muy espesas. Era el tipo de individuo que necesita afeitarse dos veces al día.

Sus manos eran enormes, como palas. Podían doblar una herradura con la mayor facilidad del mundo.

Los dos sujetos que le acompañaban tenían todo el aspecto de unos rufianes a sueldo, capaces de matar a cualquiera por una orden envuelta en un sencillo billete de cien dólares.

El aspecto correspondía a su «profesión». Eran unos matones a sueldo. El hombre robusto habló:

—Por última vez, ¿dónde está ella?

El prisionero movió los labios casi imperceptiblemente:

—No lo sé... no lo sé, maldito...

El membrudo hizo una seña. Uno de sus esbirros le entregó un objeto.

Era una simple lupa. El hombre robusto la interpuso entre el rayo de sol y la mejilla de su prisionero.

El cristal de doble convexidad concentró la fuerza de esa luz. Instantes después, sonaba un agudo aullido.

En ese momento retiró la lupa.

—¿Hablarás ahora? —preguntó fríamente.

Las mejillas del prisionero estaban bañadas en lágrimas de dolor.

—Repito que no lo sé...

El prisionero se sintió incapaz de soportar la diabólica tortura. Las lágrimas que mojaban su mejilla, no eran suficientes para atenuar el dolor de la quemadura sufrida.

—¿Qué... qué me hará si... si lo digo? —preguntó.

—Te dejaré libre, por supuesta —contestó amablemente el hombre robusto—. Sólo me interesa saber dónde está la chica. Tú no nos importas en absoluto.

El prisionero habló. El individuo grueso meditó atentamente durante algunos segundos.

El prisionero habló. El individuo grueso meditó atentamente durante algunos segundos.

—Está bien. Creo que has dicho la verdad —habló por fin.

—Lo he hecho a la fuerza... —gimió el prisionero.

—Claro —rió el otro—. Si no, ¿cómo hubiera sabido lo que tanto me interesaba?

—Suélteme ya. He dicho lo que quería; cumplo ahora tu promesa.

—Desde luego. Espera un momento.

De pronto, el sujeto en cuestión pasó el cordón por delante y debajo de la barbilla del prisionero. Éste lanzó un aullido de espanto.

—Tal vez mañana os necesite. Quiero que uno de los dos mantenga una guardia constante junto al teléfono.

—Váyase tranquilo; jefe.

El individuo salió de la casa. Sonrió satisfecho.

En la parte posterior, tenía su coche. El paisaje era deprimente.

Tratábase de una costa baja, arenosa, con numerosos marjales y trozos de tierra pantanosa. Hasta las olas parecían morir en la orilla sin ruido.

El lugar se hallaba completamente desierto. El centro habitado más próximo estaba a cinco kilómetros.

El hombre robusto entró en el coche y arrancó. Poco después, se perdía de vista. Entonces, detuvo el coche y sacó de la guantera unos extraños adminículos.

Primero se colocó un parche negro sobre el ojo. La tela, sin embargo, poseía la suficiente transparencia para permitirle ver.

Después, movió el espejo retrovisor hasta que su imagen se reflejó en el mismo. Acto seguido, se aplicó a la cara una barba y un bigote artificiales.

La barba era corta y no cubría toda la zona natural de vello. De este modo, el fingido tuerto daba la impresión de ser un artista de costumbres un tanto estrambóticas.

A continuación, se quitó la chaqueta. Era reversible y por la parte interior, el tejido tenía un dibujo de cuadros grandes y chillones.

Se quitó la corbata, sustituyéndola por un pañuelo de seda granate, que colocó en torno a su cuello. Luego se miró al espejo con espíritu crítico.

Sonrió satisfecho. Todas las precauciones eran pocas.

Pero el disfraz resultaba perfecto. Ni sus mismos esbirros habrían sabido reconocerle, de haber pasado en aquellos momentos a su lado.

* * *

Aquella noche, Sheridan LeCarr abandonó la casa de su prometida con un ánimo menos elevado del que había esperado al llegar a ella horas antes.

Su boda con Resha Foran era inminente. Y LeCarr hacía un buen casamiento.

Resha era maravillosamente bonita y le amaba con toda intensidad. Por si fuera poco, era hija única y sus padres poseían una gran fortuna.

¿Qué más podía desear?, se preguntó, sumamente preocupado, mientras se sentaba tras el volante de su automóvil.

Estrictamente, no podía pedir más. Una mujer joven, hermosa y rica, el sueño de todo soltero de buen ver, como lo era Sheridan LeCarr.

Pero había algo que ponía una nubecilla oscura en el cielo azul de su felicidad.

Después de la luna de miel, ya estaba decidido, tendría que vivir con los suegros. Y los suegros. ¡Santo Dios!, eran las personas más absorbentes que LeCarr había visto jamás.

Si el señor Foran era orgulloso, déspota y mandón, su esposa, no le iba a la zaga.

Era el único defecto que encontraba a Resha. Su prometida no había sabido todavía sacudirse la tutela de sus padres.

Por supuesto, LeCarr no quería que rompiese totalmente con ellos; él también tenía padres, aunque no vivían en la misma población, y era hombre a quien le gustaba cumplir con el cuarto mandamiento.

Pero había límites para todo. Y la suya, lo estaba viendo, iba a ser una dorada esclavitud, pero esclavitud al fin y al cabo.

—Sí, señor Foran... Sí, señora Foran...

Así se había pasado un décimo de la velada. Otro de ellos había sido ocupado por las respuestas de Resha.

—Sí, papá... sí, mamá...

Las ocho décimas partes restantes de ese rato habían sido avariciosamente copadas por el señor y la señora Foran. El, hablando sin parar de sus millones; ella, charlando sin parar también de la gran fiesta social que sería la boda de Sheridan con Resha.

El señor y la señora Foran hablaban al mismo tiempo, pero no se interferían. Para LeCarr, resultaba maravillosamente incomprensible.

El panorama que se le presentaba se le antojó profundamente sombrío. A fin de cuentas. Resha sólo tenía que decir: «Sí, papá... Sí, mamá».

Pero él, además, tendría que decir:

—Sí, cariño... Sí, cielito... Sí, amorcito...

Y todas las insensateces que uno quisiera añadir como respuestas

dulces y sabrosas para que su futura mujer se sintiera contenta.

Porque, ahora empezaba a verle, Resha le quería, pero, hablando claro, a LeCarr le daba en la nariz que Resha iba a ser tan mandona y absorbente como sus dos padres juntos.

Se desquitaría con él en suma.

Pegó un fuerte golpe en el volante. Alguien le contestó de la misma manera. Sin embargo, LeCarr no hizo caso del golpe de respuesta.

—¿Por qué diablos se me ocurriría enamorarme de Resha? —masculló.

Era abogado y tenía un bufete con una excelente clientela. Un empleo mejor le esperaba cuando se convirtiese en el yerno del casi todopoderoso señor Foran.

—En mi empresa se necesita sangre joven —había dicho pomposamente el padre de Resha—. Usted lo es, y además, tiene espíritu audaz y emprendedor. Sher —así le llamaban en diminutivo—, usted es el hijo que yo siempre deseé y que el Cielo, en sus inescrutables designios, me negó —había añadido virtuosamente el opulento señor Foran.

Tal vez, un hombre de ánimo más acomodaticio que LeCarr habría dado saltos de alegría ante el futuro que le esperaba. Pero él, sin embargo, se sentía más deprimido a cada instante que pasaba.

Sí, Resha era hermosa, joven, rica, apasionada, pero...

Volvió a golpear el volante. De nuevo le contestaron. Esta vez, LeCarr captó el golpe. Redujo la marcha.

Dio dos puñetazos sobre el tablero. Alguien hizo lo mismo detrás de él.

Arrimó el coche al bordillo de la acera y cortó el encendido. Luego miró hacia atrás. El asiento posterior estaba vacío.

—Debo visitar al otorrinolaringólogo —dijo—. Tanto «sí, señor Foran... sí, señora Foran..., sí cielito...», sólo ha servido para que yo mismo me estropee mis propios tímpanos.

De pronto, sonaron dos golpes en la parte posterior del baúl.

—Pues no llevo ahí ninguna maleta, que yo sepa —masculló.

Abrió la portezuela y saltó del coche. De pronto recordó algo y metió el cuerpo, alargando la mano hacia la guantera, de la que tomó una linterna eléctrica.

Fue hacia la parte posterior del vehículo y levantó la tapa del

portaequipajes.

Inmediatamente encendió la linterna.

Los rayos luminosos le hicieron ver la figura de una hermosa joven que le contemplaba con expresión entre sonriente y aliviada.

—¡Uf! —exclamó la chica—. Al fin, me ha oído. Creí que iba a asfixiarme dentro de este encierro.

CAPÍTULO II

Pese a todo, Sheridan poseía un acusado sentido del humor.

—Es usted la maleta más bonita que jamás he llevado ahí —dijo, sonriendo ampliamente.

Ella saltó al suelo con agilidad y se alisó la falda por las caderas.

—Aunque no tengo la piel de cocodrilo, le agradezco el elogio —contestó.

LeCarr observó atentamente a la muchacha, que era de mediana estatura y muy bien formada. Lo que más le gustó fue su rebelde cabello negro, cortado casi como el de un muchacho.

Ella vestía con sencillez, pero elegantemente, y en la mano llevaba un bolso de la piel citada. Sus ojos eran profundos, pero poseían una expresión de simpática malicia, que atrajo a LeCarr inmediatamente.

—¿Terminó ya de mirarme? —preguntó ella, un tanto incómoda.

—Las cosas bellas no cansan jamás la vista —respondió LeCarr altisonantemente—. Me llamo...

—Le conozco —dijo la chica rápidamente—. Usted es Sheridan LeCarr, el abogado que se hizo famoso de la noche a la mañana, con el caso de Thomas Witheare contra el Estado de Delaware. Demostró que Witheare no había defraudado en la cuestión de impuestos y obtuvo para él una sustanciosa indemnización por los perjuicios recibidos.

—Y yo conseguí una también importante minuta en concepto de honorarios —sonrió el joven—. ¿Su nombre, por favor, señorita?

—Mintzai, Carol Mintzai. LeCarr arqueó las cejas.

—¿Húngara?

—Descendiente de húngaros, pero nacida en

U. S. A.

LeCarr no perdía el humor.

Sacó un lápiz y una libreta y fingió ponerse a escribir.

—Debe pagar un dólar y medio por viajar sin billete. ¿Cuál es tu punto de destino?

—El domicilio del abogado LeCarr —respondió ella sin pestañear.

—¿Motivos?

—Protección.

—¿Legal?

—No. Caballeresca.

LeCarr guardó el lápiz y la libreta.

—Temo que la broma está yendo demasiado lejos, señorita Mintzai —expresó, muy serio.

—Para mí, no es cuestión de broma. Si no me meto en su coche, me secuestran.

—¡Zambomba!

—Añada «rayos y truenos». Quedará más bonito. Hubo un momento de silencio.

—Vamos —dijo él de pronto.

—¿A su casa?

—No, a la comisaría de policía más cercana.

—Entonces, adiós. Cuando dentro de un día o dos, lea en los periódicos la noticia de mi muerte, rece por mí.

Carol giró sobre sus talones y echó a andar a lo largo de la acera, completamente solitaria en aquellos momentos, a excepción de ellos dos.

—¡Espere! —dijo LeCarr malhumoradamente. Carol se volvió y corrió hacia él.

—¿Me lleva a su casa? —preguntó con avidez.

—¿Es cierto lo de su secuestro, más o menos en proyecto?

—Señor LeCarr, ¿a cuántas chicas se ha encontrado hasta ahora dentro del portamaletas?

—Hombre, a ninguna, claro. Salvo usted, señorita Mintzai.

—Entonces, si es listo, comprenderá que le digo la verdad.

—Entonces, si es lista —remedó él—, se vendrá conmigo a ver a la policía...

—No —insistió Carol tercamente.

—¿Por qué?

—No podrían hacer nada. No tengo pruebas de que vayan a secuestrarme, pero lo sé.

—¿La han amenazado?

—No.

—Sigo sin entenderla.

—Un conocido mío ha desaparecido. Él sabía mi paradero.

—¿Qué quiere decirme con eso?

—Sencillamente, que lo raptaron para obligarle a decir dónde estaba yo.

—¿Cómo sabe usted que lo han raptado?

—Porque cada día me llamaba a una hora determinada. Poco antes de su desaparición, me dijo: «Carol, presiento que *ellos* están ya merodeando en torno mío. Si pasa un solo día sin que recibas mi llamada, dame por muerto».

—¡Cáscaras! —gimió LeCarr.

Carol parecía sincera. LeCarr entendía algo de sicología humana y le pareció que ella le hablaba con la verdad.

—Es usted muy moderado —manifestó Carol—. Si yo fuese hombre, diría cosas mucho más gordas.

—Bien —propuso el joven—, puesto que quiere venir a mi casa, ¿por qué no me acompaña? Allí hablaremos más extensamente, ¿no le parece?

—Eso es precisamente lo que estaba pidiéndole desde que me liberó de mi cárcel —exclamó la muchacha.

—Pero no entiendo cómo no podía salir —dijo él, abriendo ya la portezuela del coche.

—Imagino que la cerradura se atrancó —contestó ella con desenvoltura—. Por eso golpeaba, para que usted me oyera... ¿Por qué daba usted golpes también?

LeCarr puso el coche en marcha.

—Tengo un problema, pero es menos grave que el suyo. No se preocupe de mí, señorita Mintzai.

—¿Problemas amorosos?

—Deje en paz mis asuntos personales —gruñó LeCarr.

—Los periódicos han anunciado su próximo compromiso con Resha Foran. ¿Qué le pasa, no le quiere ella ahora?

—Todo lo contrario. Me quiere... quizá demasiado.

—Sí —convino Carol pensativamente—. Resha es una muchacha

de doble personalidad. Aparentemente, es una chica bonita, amable, cariñosa, dadivosa, amiga de sus amigas..., pero hipócrita, absorbente y dominadora como ella sola.

LeCarr pegó un respingo que casi le hizo perder la dirección del automóvil.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas de ella? —preguntó.

—Estudiamos juntas en el mismo colegio. Hubo un tiempo en que mis padres podían pagarme esos lujos.

—Entonces, se conocieron allí.

—Sí. Ocupamos la misma habitación durante dos cursos. Es tiempo suficiente para conocer bien a una persona, ¿no cree?

LeCarr asintió con gesto pensativo.

—Resha no me habló nunca de usted —dijo.

—Tenía motivos para no hacerlo, señor LeCarr.

—Explíquese, se lo ruego.

—Yo tenía un novio. Ella me lo quitó con malas artes, anunciándomelo primero y luego ufanándose de su conquista.

—Aquel chico era idiota —dijo LeCarr.

—Yo también lo vi así —manifestó Carol—. Pero aunque no soy rencorosa, no me gusta que nadie se burle de mí.

—¿Y...?

—En la próxima fiesta que celebró el colegio, le serví a Resha un bocadillo de caviar durante la tarde, en un descanso que hicimos en los preliminares, mientras nos ataviábamos en nuestro cuarto. Por supuesto, el caviar quedó muy bien disimulado entre filetes de anchoas y recortes de aceitunas.

—Bien, ¿y qué le pasó?

—Pues, sencillamente, que Resha es terriblemente alérgica al caviar. El bocadillo empezó a hacerle efectos a la media hora de haber empezado el baile. Ya sabe, agitación, calor, una mayor circulación de la sangre... Imagínese cómo se le puso la cara de granos.

LeCarr soltó una homérica carcajada.

—¡Dios mío! ¡Cómo me hubiera gustado verla! —exclamó, con los ojos llenos de lágrimas a causa de la hilaridad—. Y..., ¿qué dijo el idiota cuando la vio?

—Se volvió imbécil, porque se dio cuenta del enorme error que había estado a punto de cometer. Plantó a Resha y ¡adioooooóos...!

LeCarr meneó la cabeza.

—Es usted una mujer diabólica —comentó.

—Pero en apuros. Y serios, aunque usted crea lo contrario.

—¿Cómo se le ocurrió meterse en mi coche?

—Pues porque era el más cercano... a... a...

—¿A quién?

—A mí, claro. Ellos estaban ya pisándome los talones. No tuve otro remedio que convertirme en maleta.

LeCarr frenó de pronto.

—Ya hemos llegado, señorita Mintzai.

Abandonaron el coche. Minutos después, se hallaban en el apartamento del joven.

—Tiene usted buen gusto —alabó Carol.

—No está mal —dijo él con indiferencia—. ¿Una copa?

—La necesito —admitió la muchacha con desenvoltura. LeCarr preparó las bebidas.

—¿Y bien? —dijo al cabo de un rato—. ¿Cuál es, en realidad, su apuro?

—Evitar que me secuestren, me torturen y me maten.

—¿Quiénes?

—Usted no los conoce.

—Pero puede decirme sus nombres.

—Eso no le serviría de nada, señor LeCarr. El joven sonrió con indulgencia.

—Olvida que estoy muy bien relacionado en la ciudad —dijo intencionadamente.

—Lo sé —admitió Carol llanamente—. Por eso mismo me refugié en su coche.

—¿Me vio llegar a casa de Resha?

—Digamos más bien que pasaba por allí. Su auto tiene un aspecto severo, discreto, como corresponde a un eminente abogado, que pronto entrará a formar parte de la mejor familia de la ciudad. Puesto que los Foran tienen sus coches en el garaje, resulta obvio que...

—Basta —cortó LeCarr aquel inagotable chorro de palabras—. Estábamos hablando de sus pretendidos secuestradores.

—Nada de pretendidos, sino reales y muy reales.

—Y usted dijo que de nada me serviría conocer sus nombres.

—Exactamente.

—¿Puedo saber por qué, señorita Mintzai?

—Porque yo tampoco los sé.

LeCarr se pasó una mano por la cara. Aquella chica, ¿hablaba con sinceridad o era una maniática?

—Soy sincera, señor LeCarr —dijo humildemente.

—No lo dudo —contestó él, sin demasiado convencimiento—. Pero, vamos a lo que interesa. Al menos, conocerá el nombre de ese amigo suyo que, según usted, ha sido secuestrado y asesinado.

—Sí. Se llama Stephen Hazlos.

—Otro húngaro.

—El sí. Escapó de Budapest el año cincuenta y seis.

—Y había llegado a nuestro país donde se le concedió la nacionalidad norteamericana.

—Justamente.

—¿No le dijo Hazlos nada acerca de sus secuestradores? Quiero decir, si le anticipó nombres, alguna descripción física...

—Lo único que me dijo fue que debía guardarme del tuerto con barba.

—Un tuerto con barba. Parece la descripción de un pirata.

—Eso mismo pensé yo —concordó la muchacha.

LeCarr dio un par de paseos por la estancia.

—Bien —dijo al cabo—, mañana haré yo algunas investigaciones por mi cuenta y... Carol le miró esperanzadamente.

—Entonces, ¿no me echa de su casa? —preguntó. LeCarr lanzó un profundo suspiro. Luego dijo:

—Espero que Resha no se entere de su presencia en mi domicilio particular. ¿Se da cuenta de lo que sucedería en tal caso, señorita Mintzai?

—Seré muda como una tumba —contestó ella.

CAPÍTULO III

Carol dormía todavía en el diván de la salita, cuando LeCarr salió del baño, vestido y equipado, para dirigirse al trabajo.

En la mano llevaba una nota, que dejó en sitio bien visible, a fin de que Carol la leyera apenas despertase. En ella le decía que no debía moverse de casa bajo ningún pretexto, que no la abriese a nadie que no fuese él personalmente y que en el frigorífico tenía toda la comida que podía necesitar.

La contempló durante unos instantes. Dormida, Carol parecía una chiquilla. Respiraba acompasadamente y tenía una de sus manos caída fuera del diván.

Carol no había querido aceptar en modo alguno el dormitorio del joven. Y LeCarr habíase visto obligado a tolerar que ella durmiese en la sala.

«Espero que Resha no se entere nunca de que una mujer ha dormido en mi casa» —murmuró, al tiempo de salir.

Cerró con todo cuidado la puerta del piso, después de lo cual se encaminó a su despacho de abogado, sito en uno de los edificios más céntricos de la ciudad.

Lo primero que hizo fue despachar los asuntos más urgentes. Tenía un pasante y una secretaria, a los cuales les dio las instrucciones pertinentes para que la labor siguiera como de ordinario.

A continuación, examinó la guía telefónica. No tardó en encontrar el nombre de Hazlos y su domicilio.

Se preguntó cómo podía haber ido a parar un emigrado húngaro a lugar tan relativamente apartado. La mayoría de los que escaparon de Hungría en el año 1956 y fueron a los Estados Unidos, se dirigieron a los grandes centros urbanos: Nueva York y Chicago,

sobre todo, habían absorbido a la mayoría de los fugitivos.

Se forjó un par de hipótesis. Podía tratarse de un intento de chantaje..., pero, en tal caso, los posibles cómplices de Carol ya hubieran intervenido. Un fotógrafo les hubiese tomado un par de placas comprometedoras y...

No, no se trataba de un chantaje, creía. Tal vez un sórdido asunto de ajuste de cuentas entre emigrados; pasaba con alguna frecuencia entre gentes violentamente desarraigadas de su patria.

De todas formas, Carol había hablado de secuestro y asesinato. Su obligación de ciudadano amante de las leyes, era llamar a la policía.

Alargó la mano y tocó el aparato, pero no llegó a levantarlo. Desazonado, se puso en pie y abandonó el despacho.

—Es posible que no vuelva esta mañana —anunció a su secretaria.

—Bien, señor LeCarr —contestó la mujer, impasible.

El joven salió nuevamente a la calle. Conservaba en la memoria el domicilio de Stephen Hazlos.

Stephen, la forma inglesa de István, un nombre muy común en Hungría. Era lógico que Hazlos, al adoptar la ciudadanía norteamericana, hubiese cambiado el nombre, adecuándolo a sus nuevas circunstancias.

Media horas después, detenía el coche en las inmediaciones del domicilio de Hazlos.

Una elemental precaución le hizo apearse a cosa de cien metros.

Era un barrio no muy elegante y su presencia allí, lo menos que podía despertar era curiosidad. La población era muy progresiva, pero no se había desprendido aún de determinadas zonas atrasadas en urbanización.

Llegó a la casa. Era una construcción antigua, de tres pisos, que fue elegante cien años atrás, pero que ahora se caía a pedazos o poco menos. Los inquilinos debían pagar unos alquileres bajísimos y el propietario no querría molestarse en unas reformas de las cuales no iba a obtener ningún beneficio.

Entró en el edificio y subió al segundo piso. Buscó la puerta correspondiente al apartamento de Hazlos. Una vez frente a ella, se detuvo, perplejo.

¿Cómo iba a entrar en un piso sin permiso del dueño? Si la

puerta estaba cerrada con llave, no podía violentarla Y si Hazlos, efectivamente, había sido secuestrado y muerto... ¿no tenía el deber de avisar a la policía?

Lo hizo más por un gesto mecánico que no porque esperase algún resultado práctico: agarró el pomo y lo hizo girar.

La puerta no estaba cerrada con llave. Desechando sus escrúpulos, LeCarr penetró en el piso y cerró a sus espaldas.

La salita estaba desierta. Pasó a la habitación contigua. Allí había un hombre. Pero estaba muerto.

LeCarr inspiró profundamente. El sujeto yacía sobre el lecho, completamente vestido, con un puñal clavado hasta la empuñadura.

«En el corazón» —murmuró.

Al cabo de un par de minutos, se recuperó lo suficiente para acercarse a la cama. El muerto era joven, de su misma edad, aproximadamente, y debía haber perecido mientras dormía.

«¿Mientras dormía?» —se repitió.

El muerto se hallaba completamente vestido. LeCarr, venciendo su repugnancia, tocó la sangre que había brotado de la herida en no demasiada cantidad. El puñal, al continuar en la carne, había contenido la mayor parte de la hemorragia.

La sangre estaba aún fresca. Ello quería decir que la muerte se había producido no hacía aún una hora.

El asesino había sorprendido a su víctima, sin que ésta se apercibiera de su presencia. El cambio de expresión de su rostro era apenas perceptible, lo cual significaba que el tránsito definitivo se había producido sin que se diese cuenta de lo que le sucedía.

Sin duda, la víctima debía esperar a alguien. Cansado, el muerto se había tendido en el lecho, quedándose dormido. Entonces, había llegado el asesino y...

De repente, captó con la vista un destello metálico que yacía en el suelo. Se inclinó y lo recogió con dos dedos.

Era una pulserita de plata, con una chapa del mismo metal, en la que se veían grabadas dos iniciales: C. M.

Entonces, percibió un débil aroma en el que no se había fijado hasta el momento. El perfume era inconfundiblemente femenino.

Una oleada de rabia invadió su ánimo.

¡Carol le había engañado!

Todo cuanto le había dicho, no había sido sino un truco muy

bien urdido, a fin de poder cometer el crimen y contar en todo momento con una coartada indestructible.

Seguramente, aquel joven había sido... ¿qué fue para Carol? Era nauseabundo pensarlo tan sólo.

Pero el hombre debía de haber engañado a Carol y ella, por celos, lo había asesinado.

«Una chica muy lista, evidentemente —comentó a media voz—. Todo lo ha preparado para que yo descubra el crimen y... ¡Maldición!».

Acababa de acordarse de Resha Foran.

¿Qué sucedería cuando la prensa empezase a hablar de él, considerándole implicado en aquel asesinato?

Aunque demostrase su inocencia, y de ello no le cabía la menor duda, el escándalo que se produciría sería suficiente para que los Foran hiciesen que Resha rompiera el compromiso.

Bien mirado, esto no le importaba demasiado, pero ¿y su reputación de abogado íntegro y honesto?

«Carol Mintzai —dijo en voz alta—, fue un buen plan, pero cometiste un error».

Hizo saltar en la palma de su mano la pulserita. Luego giró sobre sus talones y abandonó el piso, sin olvidarse de borrar sus huellas dactilares allá donde había puesto las manos.

Regresó a su casa con la mayor rapidez posible. Quiso abrir con su propia llave, pero notó un obstáculo al otro lado.

Una voz sonó en el interior del piso.

—¿Quién es?

—Yo, Sheridan LeCarr. Abra, Carol.

La chica había echado el cerrojo. Lo descorrió y abrió, haciéndose a un lado para que él pudiese penetrar.

—¡Señor LeCarr! —exclamó sorprendida—. ¿Cómo es que vuelve tan temprano? Los ojos del joven despedían chispas de ira.

—¿Reconoce esta pulsera? —dijo, abriendo la mano, para que ella pudiera verla con toda facilidad.

Carol calló durante unos momentos. LeCarr se impacientó.

—¿Y bien? —dijo. Ella le miró de frente.

—No la he visto en mi vida antes de ahora —contestó.

—Está mintiendo. Lleva sus iniciales. ¡Mírelas!

—Sé leer —dijo ella dignamente—. Y no es preciso que me

chille. El hecho de que me ayude, no le confiere ciertos privilegios.

—Son sus iniciales, repito —dijo él, tratando de moderarse.

—También pueden ser las de Charles Martin —apuntó ella tranquilamente.

—¿Quién es Charles Martin?

—No sé. Me lo he inventado ahora. Y quien dice Charles Martin, puede decir también Cecilia Mills o Chuck Morrow... ¡Tantos nombres pueden componerse con esas iniciales!

—Desde luego. Pero es que en el sitio donde he encontrado la pulsera, esas iniciales sólo pueden corresponder a una persona: ¡Usted, Carol Mintzai! El pecho de la joven se agitaba afanosamente.

Ella seguía impávida.

—¿Dónde la encontró? —preguntó.

—En casa de Hazlos. Y a éste le hallé con un puñal clavado en medio del corazón. Carol perdió el color.

—¡Dios mío! ¿Es cierto?

—¿Tengo cara de andar mintiendo a propósito de una cuestión de asesinato? Lo que pasa es que usted planeó ese crimen y lo dispuso todo para que yo lo descubriera y pudiera atestiguar así su inocencia...

—¡Señor LeCarr!

—Esa pulsera es del tipo de las que pueden ser usadas indistintamente por hombres y mujeres —añadió Carol—. Y si piensa en mí como la asesina de Hazlos, le juro que no me he movido de su casa en absoluto desde que usted se marchó a la oficina.

LeCarr se quedó desconcertado unos momentos. De repente, agarró la cabeza de Carol con ambas manos y se la acercó a su rostro.

—¡Eh, loco! —protestó ella—. ¿Qué está haciendo? El joven la soltó.

—Los perfumes son distintos —murmuró.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Cuando encontré el cuerpo de Hazlos en su cama, la habitación olía muy bien, aunque tenuemente. ¿No llevará usted en su bolso otra clase de perfume?

Carol cogió el bolso, lo abrió y se lo entregó.

—Mírelo usted mismo —invitó.

Había allí un pomo de esencia. LeCarr lo destapó y olfateó cuidadosamente.

—No coinciden —declaró.

—Alguien trata de culparme de ese crimen —manifestó ella tajantemente.

—Si trataban de secuestrarla, como dice, no es una actitud muy lógica. Y si usted tiene dinero, el retenerla tampoco resulta lógico.

—El poco dinero que poseo yo, no llamaría la atención de unos secuestradores decididos a hacerse ricos a cuenta mía.

—Entonces, ¿por qué quieren raptarla? Ella lanzó un profundo suspiro.

—¡Y yo qué sé! La primera noticia la tuve cuando me la dijo el pobre Stephen, pero no me dio más explicaciones.

—¿No le obligó usted a que hablase?

—Sí. Lo intenté, pero contestó que cuanto menos supiera, más segura estaría. En cambio, él...

—¿Cuántos días hace que no recibe la llamada convenida?

—Tres.

—Usted se escondió anoche en mi auto, huyendo de sus posibles raptos. ¿Llegó a verlos?

—Divisé a dos tipos que me infundieron sospechas. Procuré darles esquinazo y luego me escondí en el portamaletas. Si eran o no, los secuestradores, es cosa que no puedo asegurar.

—Pero, por si acaso, huyó.

—¡Claro! ¿Qué hubiese hecho usted en mi lugar?

LeCarr se sentía sumamente nervioso. Preparó dos copas y entregó una a la chica.

—No sé qué hacer. Debería avisar a la policía...

—Pero teme verse involucrado en un escándalo que arruine su matrimonio, ¿no es eso?

—Me interesa más mi reputación profesional —gruñó LeCarr.

—¡Caramba! Yo creí que estaría verdaderamente enamorado de Resha. El joven soltó un bufido de cólera.

—Dejemos a Resha fuera de la cuestión —contestó.

—Como quiera —accedió ella. Lanzó un profundo suspiro—: ¡Pobre Stephen! Cuando escapó de Budapest, era ya bastante viejo, pero siempre dijo que éste era el país donde un hombre podía

rehacer su vida, no importaba los años que tuviera...

—¡Carol! —gritó LeCarr de pronto. Ella le miró asustada.

—¿Qué le ocurre ahora? —preguntó.

—¿Dice usted que Hazlos era viejo?

—¡Ya lo creo! Debía andar ya cerca de los setenta años, aunque se conservaba fuerte y vigoroso...

—Carol, el hombre a quien yo vi asesinado tenía mi edad —dijo LeCarr muy serio. Carol le contempló con gesto de asombro.

—Entonces, el muerto no es Hazlos —afirmó.

CAPÍTULO IV

Sheridan LeCarr se sacó el pañuelo de pecho del bolsillo y, envolviendo el pomo de la puerta, lo hizo girar. Carol, a su lado, le contemplaba con rostro lleno de ansiedad.

—No haga ruido —murmuró él.

Carol asintió. Momentos después, la pareja se hallaba en el interior del piso de Hazlos. LeCarr cerró cuidadosamente.

—Procure dominarse —aconsejó.

—Lo intentaré —respondió la chica.

LeCarr se asomó al dormitorio. El muerto continuaba en el mismo sitio. No parecía que nadie hubiese estado en la casa después de que LeCarr hubiera descubierto el cadáver.

—Asómese, Carol.

Ella obedeció. Se mordió los labios para no gritar.

LeCarr percibió la ruidosa respiración de la muchacha. Al fin, Carol dijo:

—Le juro que nunca había visto a ese hombre antes de ahora. LeCarr aspiró el aire.

—El perfume continúa en el ambiente —dijo. Ella lo aspiró un par de veces.

—No parece muy femenino —opinó—. Oiga, ¿no sería la pulsera del muerto?

—Bien, la verdad es que no me detuve a registrar sus ropas —confesó el abogado.

—¿Y por qué no lo hace ahora? Tal vez encuentre algo de interés... LeCarr se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué tiene que ver esta muerte con su pretendida secuestro? —exclamó.

—Pues si quiere que le diga la verdad, también a mí me gustaría

saberlo. Vamos, registre las ropas del muerto; le aseguro que no le hará el menor daño.

El joven torció el gesto. Finalmente, se acercó al cadáver y empezó a hurgar en los bolsillos de su traje.

—Se han llevado su documentación —dijo al cabo de unos momentos—. ¡Espere!

En el bolsillo de pecho de la americana había notado la presencia de un papel. Lo sacó, observando que estaba bastante arrugado, como si el muerto se lo hubiera guardado allí precipitadamente.

LeCarr alisó el papel, colocándolo sobre la palma de la mano izquierda, y luego leyó las dos palabras que había escritas en el mismo.

Carol miró por encima de su hombro.

—¿Qué quiere decir Down Point? —preguntó.

—Es un lugar geográfico..., aunque ignoro dónde se encuentra.

—Tal vez sea una buena pista, ¿no cree?

—¿En qué quedamos? ¿Debo protegerla de sus secuestradores o he de meterme a detective para hallar al asesino de este pobre chico?

—Está en casa de Hazlos y el pobre Stephen no me habló nunca de ninguna persona cuyo nombre empezase con las iniciales de la pulsera que encontró aquí.

LeCarr meditó unos instantes.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo de pronto.

—Brillante, por supuesto —sonrió Carol.

—En la Biblioteca Pública hay buenos mapas, con los índices correspondientes. ¿Qué tal si echamos un vistazo a ellos?

—Estoy plenamente de acuerdo con usted.

Salieron de la casa, con idénticas precauciones y caminaron en busca del coche del joven.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que, a prudente distancia, había un auto negro, ocupado por tres hombres.

Uno de ellos era el hombre robusto que había estrangulado al prisionero en la cabaña de la playa. Fumaba un cigarrillo oriental, insertado en una larga boquilla, cuyo humo aspiraba con delectación.

El hombre robusto, dijo:

—Mi plan se está cumpliendo. Siga a la pareja, Emil.

—Sí, jefe.

El chófer hizo arrancar al auto con toda suavidad y se situó tras el de LeCarr, aunque procurando mantener la distancia precisa para no hacerse sospechoso.

Diez minutos después, el coche del abogado se detenía frente a un edificio de aire severo, con trazas de templo griego, aunque de un estilo modernizado. LeCarr y Carol se apearon del auto.

El hombre robusto sonrió:

—Creo que han caído en la trampa —dijo.

—¿A qué diablos van a la Biblioteca Pública? —preguntó el otro rufián.

—Es bien sencillo: quieren saber dónde se encuentra Down Point.

LeCarr tardó en encontrar lo que buscaba. Al fin, halló en un mapa la ubicación de Down Point.

—Está a veinticinco kilómetros al sur de la ciudad, cinco más allá de una pequeña aldea de pescadores llamada Fish Harbor. Según se deduce del mapa, es una costa baja y pantanosa.

—¿Qué es lo que puede haber allí? —preguntó Carol, mordiéndose el labio inferior. LeCarr consultó su reloj.

—Son las doce. Suponiendo que perdamos, como máximo, una hora en investigar, y contando otra entre la ida y la vuelta, podemos estar de regreso a las dos. O antes, quizá —concluyó.

Ella le dirigió una mirada conmovida.

—Me está ayudando desinteresadamente —dijo—. No sé cómo agradecerse.

—Puede hacerlo de una forma —contestó él.

—Dígame y trataré de complacerte.

—No hable nunca de esto a Resha Foran.

—Se lo prometo —aseguró Carol—. ¿Vamos?

Momentos después, se hallaban de nuevo dentro del auto. El hombre robusto, desde el suyo, lanzó una suave risita.

—¡Mordieron el anzuelo! ¡Síguelos, Emil!

—Sí, jefe.

La cabaña apareció de repente a los ojos de ambos jóvenes, al remontar una duna cubierta parcialmente de hierbajos, que vegetaban precariamente.

El camino estaba apenas marcado e invadido también por las hierbas. LeCarr frenó suavemente la marcha del auto, hasta detenerlo en la parte posterior de la cabaña.

Saltó al suelo. Carol le imitó en el acto.

—Según el mapa —dijo él—, esto es Down Point. Y puesto que no hay ninguna otra vivienda en los alrededores, parece lógico pensar que la cabaña es nuestro objetivo.

—Muy bien. Vamos a ver qué hay dentro.

La cabaña aparentaba ir a caerse de un momento a otro. El lugar era solitario y desolado.

Había sol, pero el mar no presentaba la brillantez y el color característicos de otras latitudes. Las olas morían casi silenciosamente sobre la arena de la playa.

—Es deprimente —murmuró Carol, estremeciéndose—. Creo que no viviría aquí por todo el oro del mundo.

—Alguien piensa de manera distinta a usted —dijo LeCarr, ascendiendo los tres escalones que separaban el suelo de la agrietada beranda de la arena.

Llamó a la puerta.

—¿Hay alguien dentro? —gritó.

El viento silbó tenuemente. LeCarr se volvió hacia la chica.

—Entraremos sin permiso del dueño —dijo.

—¿A qué esperamos? —contestó ella.

La puerta no tenía echada la llave. LeCarr abrió y cruzó el umbral.

El olor a lugar abandonado les asaltó de inmediato. Los muebles eran viejos y, como comprobó, la madera estaba carcomida en muchos puntos.

El polvo invadía la cabaña, salvo por un punto: una habitación en la cual sólo tres sillas y una mesa medio volcada, por faltarle una pata, que yacía junto a una esquina del mueble. LeCarr observó que sobre el polvo del suelo se observaba numerosas huellas de pisadas.

—Aquí ha estado alguien hace poco —dictaminó, poniéndose en cuclillas—. Tres, cuatro días como máximo.

—El tiempo que hace que falta Hazlos —se estremeció la chica.

LeCarr se incorporó.

—¿Lo trajeron aquí? —murmuró.

—Es posible. Y, seguramente, le torturaron y luego le dieron muerte.

—¿Para qué le torturaron?

—Para que les dijera dónde estaba.

—Y ellos... ¿para qué querían conocer su paradero?

—Ya le expliqué que Hazlos no me dijo nada al respecto. Es todo lo que puedo decirle.

LeCarr se tiró del labio inferior. Luego giró en redondo, examinando la habitación detenidamente.

Levantó la vista al techo. Entonces, encontró una trampilla.

—Vamos a ver qué hay arriba —dijo—. Acérqueme esa silla, por favor.

Carol agarró la silla por el respaldo. Tiró... y la silla continuó inmóvil.

—¡Eh —exclamó—, esta silla está atornillada al suelo! LeCarr se volvió hacia la muchacha. Sacudió la silla.

—¡Qué raro! —murmuró.

—A mí no me lo parece tanto —dijo Carol. El joven la contempló inquisitivamente.

—Si usted quiere torturar a una persona y la ata a una silla, ésta se moverá indefectiblemente —explicó Carol—. Sujétala al suelo y su labor se verá considerablemente facilitada.

—Es verdad —convino él.

Dábase cuenta de que Carol no le mentía. Pero ¿por qué trataban de raptarla?

—Está bien —añadió al cabo—. Usaré otra silla.

—Con tal de que no se rompa... —dudó la muchacha.

LeCarr colocó la silla directamente bajo la trampa de acceso al desván. Luego, con precauciones, se colocó encima del asiento.

Alargó los brazos hacia arriba.

—Así, muy bien —dijo entonces una voz masculina—. Su curiosidad me evita dar la orden clásica de «Levante las manos o le frío a balazos».

LeCarr se volvió lentamente. Tres hombres, armados dos de ellos con sendas pistolas, irrumpían en la habitación en aquellos instantes.

Uno de ellos, fuerte, robusto, de penetrantes ojos negros, sonrió placenteramente al ver a la muchacha.

—Estaba ansiando encontrarme con usted, Carol Mintzai —dijo.

CAPÍTULO V

A Sheridan LeCarr se le antojó que su postura era hartamente ridícula.

Estaba subido sobre la silla y las yemas de sus dedos rozaban la trampilla. Pero no tuvo tiempo de pensar demasiado en su posición.

Miró a Carol. La muchacha había palidecido espantosamente.

El hombre robusto movió una mano, indicando al joven. LeCarr creyó que le iban a permitir bajar de la silla.

Sin embargo, no ocurrió así. Uno de los rufianes pegó de pronto una patada al mueble, derribándolo con violencia.

LeCarr cayó al suelo, haciendo crujir una tabla. Quiso levantarse, pero en el mismo momento, algo cayó sobre su frente y le privó del sentido instantáneamente.

—Apártalo, Dean —ordenó el hombre robusto.

Carol estaba aterrorizada. Hazlos le había hablado de un tuerto con barba..., pero aquél parecía un hombre perfectamente normal.

El hombre robusto dio un paso hacia ella, sin dejar de sonreír.

—Y ahora, pequeña mía, vamos a hablar largo y tendido —dijo. Súbitamente, sin previo aviso, disparó el puño.

Calculó exactamente la potencia de su golpe. Las rodillas de Carol se doblaron, pero tuvo tiempo de recogerla en sus brazos.

A continuación la colocó sobre la silla fija al suelo. Emil, sin pronunciar palabra, ató a la muchacha sólidamente.

Colocó en el respaldo el suplemento de madera que servía para asegurar el cráneo de la muchacha y lo sujetó al mismo con una pequeña correa de cuero. A continuación, cerró los postigos de la ventana.

El rayo de sol daba sobre el hombro derecho de la joven.

—Tendremos que esperar un poco —dijo el hombre robusto. Sacó un cigarrillo y lo insertó en la boquilla.

—¿Y el abogado? —preguntó Emil.

—Mala suerte para él —contestó fríamente el forzado.

—¿Ahora, jefe?

Carol se agitó un poco. El golpe había sido propinado con la fuerza justa para que la muchacha perdiese el conocimiento sólo por breves momentos.

Al cabo de unos minutos, Carol abrió los ojos.

Lo primero que vio fue al que le había pegado, frente a ella, sonriéndole sardónicamente.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó Carol con voz llena de pánico.

El hombre sonrió. Sacó una lupa de su bolsillo y la colocó entre el sol y el cuerpo de la muchacha.

Los rayos solares se concentraron. Instantes después, una tenue columnita de humo se elevaba del punto donde el traje empezaba a quemarse.

El jefe retiró entonces la lupa.

Carol estaba llena de terror. ¿Qué demoníacos tormentos pensaban infligirle?

Carol notó que tenía la lengua adherida al paladar. Haciendo un esfuerzo, consiguió despegarla y preguntó:

—¿Qué... es lo que quiere de mí? No tengo nada que ofrecerle de interés...

—Se equivoca, preciosa. Lo que tiene es de muchísimo valor para mí. Bastará con que me diga dónde está para que usted y su amigo el abogado se vean libres.

—Libres de respirar, como Stephen Hazlos, ¿no es cierto? El hombre robusto hizo un gesto ambiguo.

—Era un anciano —contestó.

—¡Pero una persona, sobre todo! —protestó ella enérgicamente. El asesino apoyó su índice en el pecho de Carol, entre los senos.

—No estamos hablando de Hazlo, sino de usted. ¿Quiere que emplee de nuevo la lupa? LeCarr oyó las últimas palabras, pero le pareció que eran pronunciadas a miles de kilómetros de distancia.

Se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo, aunque el dolor de cabeza que sentía le impedía abrir los ojos. Permaneció unos momentos en la misma posición, tratando de recobrar las fuerzas.

Vagamente oyó las preguntas y las respuestas, siempre negativas

de la muchacha. Al cabo de un rato, entreabrió los ojos y vio a Carol atada a la silla.

«Ella tenía razón: es una silla de tortura», pensó.

Y en el acto se puso a idear un plan que pudiera salvarles de la situación tan apurada en que se hallaban.

Dos de los rufianes, al menos, tenían pistola. Aunque su jefe no había hecho ostentación alguna de armas, podía considerarse razonablemente que llevaba una bajo la chaqueta.

Y él no poseía ni siquiera un cortaplumas.

En aquel momento, una frase de Carol le dio la clave del futuro que les aguardaba en la cabaña:

—...Y aunque dijera lo que usted quiere, que ignoro por completo, luego nos asesinaría, como hizo con Hazlos.

De pronto, un objeto cayó dentro del campo visual de LeCarr.

Una súbita idea se le ocurrió de repente. Pero antes de ponerla en práctica, quiso explorar el terreno.

El jefe estaba casi frente a él, aunque no le miraba en aquellos momentos. Sus dos rufianes le daban las espaldas, situados uno a cada lado de la silla a la cual se hallaba atada Carol.

Empezó a mover la mano derecha con infinita lentitud. Cuando actuase, lo tendría que hacer a la velocidad del relámpago... lo no tendría ya ocasión de repetir su tentativa de salvación.

La mano asió la pata suelta de la mesa. Ésta había sido en tiempo un mueble sólido y grande. La pata tenía la altura correspondiente y un grosor más que respetable, aunque LeCarr pudo darse cuenta que su peso no era demasiado.

«Madera seca y carcomida», pensó. «Con tal de que aguante los primeros golpes...». De repente se puso en pie.

—¡Cuidado! —aulló Emil.

—¡Sujetadle, idiotas! —bramó el tipo forzado.

—¡Pégueles duro, Sheridan! —chilló Carol.

La acción del abogado cogió por sorpresa a los secuestradores.

«Crack... crack...».

Emil y Dean se derrumbaron al suelo, uno tras otro, fulminados por dos golpes secos que les había asestado el joven con la pata de la mesa en lo alto del cráneo. Pero LeCarr no podía cantar victoria todavía.

El jefe retrocedió unos pasos, a la vez que metía la mano dentro

de la chaqueta.

LeCarr se dio cuenta que el hombre iba a sacar una pistola. Estaba demasiado lejos para usar la pata como garrote y no se atrevió a lanzarla, temeroso de que el otro esquivase el improvisado proyectil.

Fue un gesto desesperado, adaptado en fracciones de segundo. Saltó hacia adelante con tremendo ímpetu, alargando el brazo como si la pata de la mesa fuese una espada de nueva clase.

Detrás de la pata iban sus ochenta y cinco kilos de peso. El tipo recibió el fenomenal impacto en medio del esternón y aunque, al menos en apariencia era más fuerte que LeCarr, retrocedió con terrible impulso.

LeCarr no se detuvo por ello, sino que continuó hacia adelante, empleando toda su fuerza. Ahora, agarraba la pata con ambas manos, y sus ojos brillaban con algo muy parecido a la furia de matar.

El hombre robusto dio dos o tres pasos hacia atrás, a la vez que de sus labios se escapaba un ronco gemido. Manoteó frenéticamente y, en aquel momento, sus hombros, inclinado ya el cuerpo hacia atrás, chocaron con la ventana.

Hubo un violento estallido de maderas carcomidas y resacas, a la vez que brotaba una verdadera nube de polvo amarillento. El bandido atravesó la ventana, dio la voltereta y cayó a la baranda.

—¡Bravo, Sheridan! —gritó la chica.

LeCarr saltó inmediatamente tras el rufián. Éste se agitaba débilmente en el suelo.

El abogado usó la pata de la mesa como estaca. Los pataleos del jefe cesaron en el acto.

LeCarr se inclinó sobre él y le despojó del arma que aún no había tenido tiempo de utilizar. Era un revólver de cañón corto y calibre 38, con el que se volvió hacia la destrozada ventana.

—Ahora la soltaré, Carol —prometió.

El suelo de la baranda estaba lleno de astillas y fragmentos de madera procedentes de los postigos. En aquel instante, uno de los rufianes se sentaba en el suelo.

Al ver a LeCarr enmarcado por la ventana, metió la mano dentro de su chaqueta. El abogado le soltó un tiro, que se clavó en la madera del suelo, a cinco centímetros de su cadera.

—El próximo irá directamente a su cabezota —dijo torvamente—. Arriba, en pie y cara a la pared.

Emil obedeció, sin comprender aún muy bien qué le había sucedido. LeCarr entró nuevamente en la cabaña y apoyó el revólver en la espalda del forajido.

—Si te mueves, te parto el espinazo —intimó.

Con la mano izquierda, le despojó de una pavorosa pistola automática calibre 45.

Luego se separó dos pasos.

—Suelta a la chica —ordenó.

Momentos después, Carol se ponía en pie. Entonces, ella, sin poder contenerse, levantó la mano y asestó a Emil un tremendo bofetón, que le hizo dar dos pasos de costado.

—¡Esto, para que aprendas a tratar a las damas! —exclamó, llena de indignación. Luego se volvió hacia el joven—: Sheridan, tenemos que irnos de aquí.

—Un momento, no tan deprisa —contestó él—. Registre al que está desmayado. Debe de llevar también un arma encima.

—Sí; conviene dejarles sin su artillería.

A continuación, LeCarr se encaró con Emil.

—¿Cómo se llama ese sujeto? —preguntó—. Vuestro jefe, para que me entiendas.

—No lo sé —respondió Emil. LeCarr enarcó las cejas.

—¿Crees que puedo tragarme impunemente esa patraña?

—Le aseguro avie es la verdad. El no nos ha dicho nunca su nombre. Sólo le llamamos jefe y...

El abogado comprendió que Emil decía la verdad.

—Pistoleros alquilonos —refunfuñó—. Se venden por cuatro dólares a aquel que contrata sus servicios, sin preguntar más... ¿No es así, canalla?

Emil permaneció en silencio. Pero su actitud indicaba lo acertado de las palabras del joven.

—Hoy se ha cometido un asesinato —siguió LeCarr—. Lo sabes, ¿no es cierto? Emil respingó.

—¿Un asesinato? No he oído nada al respecto...

—Tal vez no sepas tú nada —dijo LeCarr—, pero sí ese otro tipo que está ahí afuera.

Carol, ¿se atrevería a vigilar a este desecho humano?

—Claro —contestó la muchacha con desenvoltura. LeCarr entregó a Carol el revólver del jefe.

—Basta apretar el gatillo —dijo—. Entonces, sale una bala... ¡y si lo hace así, procure tirar al centro del cuerpo; de este modo, no fallará!

Abandonó la estancia y salió a la baranda.

El hombre robusto continuaba desmayado. Un hilillo de sangre le corría por la frente, allí donde había sido alcanzado por el estacazo.

LeCarr se arrodilló a su lado y empezó a registrarle metódicamente los bolsillos. Al cabo de unos segundos, encontró una documentación correspondiente a un tal Carven Myroff.

—¿Será él? —se preguntó.

La documentación era la que todo hombre corriente hubiera podido llevar encima: Tarjeta de Seguridad Social, licencia de conducción y un par de tarjetas de crédito, todas a nombre de Carven Myroff.

—Esto no me dice gran cosa —refunfuñó.

Myroff estaba domiciliado en la misma ciudad, según dedujo al leer una tarjeta de visita que llevaba en la cartera. Guardó la tarjeta en el bolsillo y luego abrió una agenda que portaba también el inconsciente sujeto en sus bolsillos.

La agenda tenía algunas anotaciones, hechas con una letra diminuta y nada fácil de descifrar. Sin inmutarse, LeCarr se la echó al bolsillo.

—Ya la examinaré con más tiempo —se dijo.

Además, vio que llevaba encima una buena cantidad de dinero. A ojo, LeCarr calculó que debían ser unos tres mil dólares.

—No soy un ladrón —murmuró, volviéndolos al bolsillo de su dueño. Se puso en pie y volvió a la cabaña.

—Debemos irnos, Carol —dijo.

—De acuerdo. ¿Qué hacemos con este gaznápiro?

—Atarlo a la silla, claro.

—¿Avisará a la policía? Es posible que estos individuos tengan algo que ver con la muerte de aquel muchacho.

—Ya lo pensaré durante el camino —respondió LeCarr.

Después de atar a Emil, abandonaron la cabaña. Cuando remontaban la duna, vieron al otro lado el coche negro.

—Espere —dijo LeCarr, reduciendo la marcha.

Se puso al costado del otro y paró el auto. Luego desembarcó del suyo y se metió en el de los bandidos.

—¿Qué es lo que va a hacer? —preguntó ella.

—Ahora lo verá.

LeCarr entró en el coche de los bandidos y lo puso en marcha. Acto seguido, ascendió hasta la cumbre de la duna y Jo situó al principio de la pendiente.

—Suba, Carol —llamó desde arriba. La muchacha obedeció.

—¿Qué se propone, Sheridan?

—Los amigos me llaman Sher, Carol.

—Ah, vaya, me considera ya como amiga —sonrió ella.

—Después de lo que hemos pasado juntos... ¡Mire, ahí asoman esos tipos! ¡Apártese, Carol!

La chica obedeció, sin comprender las intenciones de LeCarr. El abogado soltó el freno y se apeó.

El hombre robusto asomaba en aquel momento por la esquina de la cabaña, sostenido por uno de sus compinches. El otro se oprimía un pañuelo contra la frente dolorida.

LeCarr saltó del coche apenas hubo dejado de pisar el freno. Se apartó a un lado y sonrió.

El vehículo emprendió el descenso poco a poco, aunque aumentando la velocidad gradualmente. La distancia de la cumbre de la duna a la cabaña era de unos sesenta metros.

Sonaron unos gritos de rabia. El automóvil negro incrementó su velocidad, ayudado por la pendiente. Los rufianes echaron a correr para no ser atropellados.

El coche se estrelló contra la cabaña con tremendo ímpetu. Se oyó un tremendo crujido.

La cabaña era vieja y no pudo resistir aquel fenomenal impacto, hundiéndose en su casi totalidad el auto, bajo un enorme montón de maderas.

—Trabajo les doy antes de que pongan el coche en condiciones de rodar... si lo consiguen —dijo LeCarr, sumamente satisfecho de su hazaña.

CAPÍTULO VI

A la entrada de la ciudad, LeCarr detuvo el auto.

—Carol, usted deberá apearse, tomar un taxi y regresar a mi apartamento. Espéreme allí y no se mueva en absoluto. —Le entregó las llaves—. No responda al teléfono tampoco, ¿estamos?

—De acuerdo, pero ¿por qué no me lleva a su casa en el coche? LeCarr suspiró.

—Olvida que sigó estando prometido a Resha Foran —contestó.

—Es verdad —dijo ella casi melancólicamente—. Ya no me acordaba. Procuraré ser discreta, Sher.

—Gracias, Carol. Créame que trato de ayudarla lo más posible, pero...

—No se excuse; le comprendo perfectamente. ¿Tardará mucho en volver, Sher?

—No lo sé todavía. Pero tiene libros, discos, radio, televisión... Le aseguro que no se aburrirá.

—De acuerdo. Hasta la vista, Sher.

—Adiós, Carol.

LeCarr regresó a su despacho. Hízose traer unos bocadillos y café y repuso sus fuerzas, mientras examinaba los asuntos más urgentes.

Al terminar, sacó la libreta de Myroff y empezó a examinarla. Unas iniciales le chocaron en una de las anotaciones:

«R. F. Contactar y observar reacciones», leyó. Se pellizcó el labio inferior.

—Debe de tratarse de una mera coincidencia —se dijo. Y siguió pasando páginas. Otra anotación decía:

«O. D. Curioso y, como tal, inútil».

Se preguntó quién podría ser aquel O. D.

—Curioso, y, como tal, inútil —repitió a media voz. Meditó unos momentos.

—¡Hum! No me extrañaría en absoluto que se tratase del sujeto apuñalado en casa de Hazlos.

Luego encontró una tercera anotación:

«Visitar domicilio C. M., 336 Geary Place».

—¡Hombre, ahí debe vivir Carol! —exclamó—. Sería interesante visitar su casa. Consultó su reloj. Era demasiado pronto. Tendría que ir a una hora más conveniente. No encontró ningún apunte más que mereciera la pena, aunque se dijo que debía conservar el librito como un objeto precioso. Copió las anotaciones que le habían llamado la atención y luego escondió la agenda.

Continuó su trabajo. Al terminar, se dijo que le convendría hacer una vida normal.

Visitó a Resha y pasó un rato en su compañía. A las diez de la noche regresó a su domicilio.

Carol le acogió en un estado lindante con el histerismo.

—¡Creí que ya no iba a volver! —exclamó, al verle.

—Tuve que hacer vida normal —contestó él—. Trabajar, visitar a mi prometida...

—Comprendo —suspiró la muchacha—. ¿Ha averiguado algo más?

—No, nada de importancia. ¿Quiere una copa?

—Bueno. Ah, ¿han descubierto ya el asesinato?

—Sí. Los periódicos de la noche dieron la noticia.

—¿Se sabe quién es el muerto?

—No. La policía está tratando de identificarlo; es todo lo que se sabe. Carol tomó la copa que le ofrecía el joven.

—Me preguntó qué haría aquel muchacho en casa de Hazlos —murmuró pensativamente.

—La policía también lo ignora. Según los periódicos, parece como si Hazlos hubiera sido el asesino y luego se hubiese fugado.

—¡Stephen era incapaz de matar una mosca!

—Eso lo sabe usted, pero no la policía. En fin, ¿ha cenado ya?

—Sí. Tomé algo hace un par de horas.

—Entonces, le conviene descansar. Voy a prepararle todo para que pueda dormir cómodamente.

—Un momento —le detuvo ella, cuando LeCarr se dirigía ya

hacia el dormitorio.

—Dígame, Carol.

—¿Qué piensa hacer mañana? El joven sonrió.

—Esta noche tengo que sostener una conferencia muy interesante. Tal vez de ella surja alguna buena idea.

—¿Conferencia? ¿Con quién?

—Con la almohada —respondió LeCarr con brillante sonrisa.

—¡Oh! —exclamó Carol, decepcionada.

* * *

Procurando no hacer ruido alguno, LeCarr abrió la puerta de su dormitorio y asomó la cabeza.

Carol dormía sosegadamente en el diván. LeCarr salió de la habitación y, pisando de puntillas, se acercó a la mesita donde ella había dejado su bolso.

La luz de la calle entraba por la ventaría. LeCarr abrió el bolso con infinitas precauciones y lo registró a tientas.

Momentos después, tenía en la mano un manojito de llaves. Cerró el monedero y se dirigió hacia la puerta del apartamento.

Un minuto más tarde, se hallaba en su automóvil, en el que se dirigió a Geary Place.

Buscó el número 336 y entró en la casa sin vacilación.

Miró en el indicador de inquilinos. Carol residía en el cuarto piso, letra C.

El conserje nocturno no se hallaba a la vista. A fin de no dar motivo a preguntas indiscretas, tomó la escalera.

Poco después, se detenía ante la puerta C. Probó un par de llaves, antes de dar con la verdadera.

Entró y cerró a su espalda. Tanteó la pared, hasta hallar el interruptor de la luz.

—Bueno, si Myroff buscaba a Carol con tanto ahínco, no sé cómo tuvo necesidad de raptar a Hazlos para averiguar su domicilio.

Momentos más tarde, tenía una explicación de aquella aparente incongruencia.

No había teléfono en el apartamento Pero, entonces, ¿dónde recibía Carol las llamadas diarias de Hazlos?

—En algún lugar convenido de antemano, una cafetería o una cabina pública —resolvió al cabo.

El apartamento estaba decorado modestamente. Constaba de salita, dormitorio, baño y cocina. Sin saber a ciencia cierta lo que buscaba, LeCarr emprendió un metódico registro de todas las habitaciones.

Una hora más tarde, se detenía, sin haber encontrado nada que pudiera ayudarle en sus pesquisas. Echándose el sombrero hacia atrás, se rascó la cabeza con gran perplejidad.

—¿Por qué diablos buscaría Myroff a Carol con tanto interés?

Había en un lado de la salita una estantería con libros. LeCarr los había examinado superficialmente y, de pronto, se le ocurrió que debía hacerlo con más detenimiento.

Armándose de paciencia, empezó a hojear los libros, uno por uno. Pasaron segundos minutos más, antes de que en una vieja geografía encontrase algo que le pareció de interés.

En la contratapa anterior había escritas unas palabras y unas cifras a lápiz.

75°12'9"Lat. N. 39°21'6"Long. E.

Era un punto geográfico, no cabía la menor duda, y aquellas palabras y cifras constituían las coordenadas. Pero ¿dónde se hallaba aquel lugar?

Los mapas de la geografía eran poco detallados. LeCarr devolvió el libro a su emplazamiento, tras haber copiado la anotación en su propia libreta y, por medio de un bolígrafo, borrado y tachado concienzudamente, a fin de que nadie más pudiera conocer aquel detalle.

Al terminar, se dijo que era hora ya de regresar a casa. Apagó las luces y se dirigió hacia la puerta.

En aquel instante, sintió que alguien insertaba una llave en la cerradura. Se echó a un lado y apagó el interruptor de la luz del techo.

Esperó unos segundos. La puerta se abrió cautelosamente.

Una cabeza humana asomó por el hueco. Era un hombre, pero las tinieblas impedían a LeCarr distinguir sus facciones.

Sin embargo, veía lo suficiente para lo que pretendía hacer. Bajó la mano derecha con todas sus fuerzas y golpeó la nuca del intruso.

El recién llegado se desplomó al suelo como una masa inerte.

LeCarr encendió la luz y se arrodilló a su lado.

Empezó a registrarle. Momentos después, fruncía el ceño.

El individuo era un hombre del

F. B. I.

Lance Latimer era su nombre.

—¿Qué diablos tienen que hacer los federales en este asunto? —masculó, devolviendo la documentación a su sitio.

El agente continuaba desmayado. LeCarr juzgó que lo más prudente era desaparecer sin ser visto.

Apagó la luz definitivamente y salió del apartamento.

Media hora después, devolvía las llaves al bolso. Se desnudó rápidamente y se metió en la cama, sin que Carol se hubiese apercibido de su salida.

A los pocos momentos, dormía como un bendito.

Despertó cuando alguien empezó a aporrear la puerta de su dormitorio.

—¡Arriba, perezoso! —gritó Carol desde afuera—. ¡Son las nueve y media de la mañana!

LeCarr se sentó en el lecho de golpe.

—¡Demonios, sí que es tarde! —Alzó la voz—. ¡Ahora mismo saldré, Carol!

Se vistió y aseó con la mayor rapidez posible. Cuando salió, Carol le tenía ya dispuesto el desayuno.

—Esto huele magníficamente —alabó.

—Modestia aparte, guiso bastante bien —sonrió ella.

—En cambio, Resha no sabe ni acercar una cerilla al hornillo de gas —rezongó él, descontento.

—Otros lo han hecho por ella durante toda su vida —contestó Carol sarcásticamente—. Bien, ¿qué le ha dicho la almohada?

—Estaba afónica —sonrió LeCarr. La muchacha se sentó frente a él.

—Entonces, ¿no ha pensado nada bueno? —dijo desanimadamente.

—Si por bueno se refiere usted a la resolución de su problema, le diré que no. —LeCarr pensó que Carol no debería saber nada de lo que había hecho durante la noche—. Pero, me imagino, que aquí, en mi apartamento, usted está segura y no tiene motivos de sentirse alarmada.

—Desde luego, pero no tengo ropa para mudarme.

—Si me dice dónde vive, yo se la traeré a la tarde.

—De acuerdo.

Poco después, LeCarr se ponía en pie.

—He de ir a trabajar —dijo—. Siga observando las mismas precauciones, Carol.

—Se lo prometo, Sher. ¿Por qué me ayuda? —preguntó ella de repente. El joven se extrañó de aquellas palabras.

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo.

—Verá..., yo soy una desconocida para usted, no tiene medios de comprobar si lo que digo es cierto...

—Pasamos ayer juntos un mal rato, ¿no es verdad?

—Sí, pero antes de estar en la cabaña de Down Point, usted me ayudó desinteresadamente.

—Tal vez lo hice por esos ojos tan bonitos que tiene —contestó él, sonriendo.

LeCarr dejó escapar un gruñido.

—Dejemos a Resha en paz por ahora —dijo—. Bien, he de irme. Hasta la noche, Carol. Salió precipitadamente, porque la mirada de aquellos ojos tan profundos le estaba alterando la paz interior más de lo que hubiera deseado para su tranquilidad de espíritu.

Cuando llegó a su despacho, la secretaria le dio una noticia:

—Tiene usted un visitante, señor LeCarr.

—¿Quién es, Louise? —preguntó el joven.

—No ha querido dar su nombre, pero ha dicho que era un gran amigo suyo y que tenía la suficiente confianza como para esperarle en su propio despacho. Ah, los periódicos de la mañana están sobre su mesa.

—Gracias, Louise —contestó LeCarr preocupadamente.

Abrió la puerta y cruzó el umbral. Su visitante le miró con amplia sonrisa.

—¿Qué tal, abogado LeCarr? —preguntó amablemente Carven Myroff.

CAPÍTULO VII

LeCarr cerró la puerta, procurando mantener la calma. Luego avanzó hacia su mesa y tomó asiento en el sillón.

—¿Visita profesional? —preguntó lacónicamente.

—Quizá —sonrió Myroff.

LeCarr estudió durante unos momentos el rostro de su antagonista. Luego, su visita recayó de modo maquinal sobre los periódicos que estaban encima de la mesa.

Los titulares atrajeron su atención durante unos segundos. El asesinato en casa de Hazlos había sido identificado.

Su nombre era Owen Dull. LeCarr recordó en el acto una de las anotaciones de la agenda de Myroff.

«O. D. Curioso y, como tal, inútil».

La curiosidad había provocado su inutilidad, dedujo. Consecuencia, el puñal había suprimido de golpe ambos defectos.

—¿Y bien, señor Myroff? —preguntó al cabo.

—He venido en busca de dos cosas, abogado LeCarr —contestó el hombre robusto—. Espero que me las dará sin más inconveniente, a fin de que usted se libre de los daños que podría acarrearle una acción negativa.

—Terrible problema —comentó el joven cáusticamente—. Y, ¿qué he de entregarle, señor Myroff?

—Primero, una agenda que usted me quitó aprovechándose de mi inconsciencia.

—Fue un golpe terrible, ¿verdad?

—Confieso humildemente que me equivoqué con usted. Debí haber ordenado que le matasen en el primer momento —declaró Myroff tranquilamente—. De este modo, me habría evitado muchos disgustos y ahora tendría en mi poder las dos cosas que le he

solicitado.

—¿Por qué no me mató? —quiso saber LeCarr, curioso.

—Carol Mintzai despertó en aquel momento. Ella distrajo momentáneamente mi atención.

—Ah, también la golpeó.

—Sí, pero con menos fuerza que usted.

—¡Simpática Carol! Le debo la vida.

—Estrictamente, así es —concordó Myroff—. En cambio, yo le debo un pequeño fracaso.

—Hay modos de calificar las cosas, pero no vamos a discutir por ello, señor Myroff.

Dígame qué debo entregarle y se lo daré o no, según proceda.

Myroff no se inmutó. Sacó un cigarrillo, lo insertó en la larga boquilla que usaba habitualmente, y luego le prendió fuego con un encendedor de oro.

—Primero —dijo— la agenda que me quitó. LeCarr alzó uno de los periódicos.

—«O. D. Curioso y, como tal, inútil» —recitó—. ¿Quién era Owen Dull?

—Un estorbo —contestó Myroff fríamente.

—Luego confiesa haberle apuñalado.

—No admiro nada. Solamente he respondido a su pregunta.

—Pero yo quiero saber más datos de O. D.

—No adelantaría nada. Deme la agenda, por favor. LeCarr encendió un cigarrillo.

—Pídame la otra cosa, por favor —dijo, imperturbable.

—Carol Mintzai.

—Olvídela.

Los negros ojos de Myroff chispearon agudamente.

—¿No sabe dónde se ha metido, abogado LeCarr? —amenazó.

—Parece ser que usted está olvidando muchas cosas buenas de este país: libertad, justicia, orden, paz... y silla eléctrica para los asesinos —respondió el joven—. Si no tiene más que pedir, ya puede empezar a ponerse en pie.

—Estoy en condiciones de causarle graves daños —dijo Myroff.

—No lo dudo. Y he tenido pruebas contundentes de ello. Pero usted habrá sabido apreciar también que sé defenderme, y no mal del todo.

—Contra lo que yo proyecto, no tendrá defensa posible.

—¿Se refiere a sus pistoleros? Myroff sonrió.

—Ésa sería la segunda etapa, si, a pesar de todo, no claudicase usted. Pero para la primera parte de mí contraataque no usaría balas, sino tinta de imprenta.

—Difamación.

—No. Exposición clara de los hechos.

—¿A qué hechos se refiere usted?

—A cierto enredo que un joven y eminente abogado mantiene con una muchacha de dudosa reputación. Los periodistas se lanzarían sobre usted como cuervos y... ¿qué dirían en casa de los Foran?

—Parece ser que me ha investigado detenidamente, señor Myroff.

—En efecto. ¿Qué me contesta usted?

LeCarr contempló detenidamente el rostro de su visitante.

—Sería un rudo golpe para mí, en efecto —convino—. Pero dudo que pudiera demostrar mis... «relaciones» con Carol Mintzai.

Myroff sonrió.

—Que lo lograré, está fuera de toda duda —respondió—. Desoiga mis intimaciones y verá si lo hago o no.

—De modo que quiere que le entregue a Carol sólo para torturarla y luego asesinarla.

Myroff, especie de perro sarnoso, ¿qué clase de hombre se ha creído que soy yo?

Las facciones del hombre robusto se contrajeron.

—¿Es su última palabra? —preguntó.

—No. La última palabra es: ¡Fuera! Pero Myroff continuó sentado.

—Sé dónde está Carol —dijo.

—¿De veras? —se burló LeCarr—. No será por el tiempo que la ha estado buscando sin encontrarla. En cambio, ya ve, yo hallé su domicilio a la primera.

—Yo también sé dónde vive, pero ello no quiere decir que esté en su casa. Hacía ya días que faltaba.

—Ah, ya. Y, ¿dónde está ahora?

—En su propio apartamento, abogado LeCarr.

El joven sonrió. Metió las manos en el bolsillo y arrojó un

manejo de llaves sobre la mesa.

—Ahí tiene —indicó—. Le dejo paso libre para que pueda registrar mi apartamento. Si encuentra a Carol, avíseme; se lo agradeceré.

Myroff pareció sorprendido por aquel gesto de audacia del joven.

—¡Tiene que estar allí! —exclamó, rabioso.

—Estuvo hasta la noche pasada. Cuando me levanté esta mañana, ella se había ido, aprovechando mi sueño, supongo. Si no rae cree, ahí tiene los medios suficientes para comprobarlo.

—No es necesario. Pero le aseguro que acabaré por encontrarla. Y a usted, le doy veinticuatro horas para que me devuelva la agenda. Pasado ese plazo, si no ha accedido a mi petición, aténgase a las consecuencias.

Myroff se puso en pie y se encaminó hacia la puerta. LeCarr pronunció su nombre.

—¿Ha cambiado de modo de pensar, abogado? —preguntó Myroff.

—No. Sólo iba a decirle una cosa. El F. B. I, ha tomado cartas en el asunto. El rostro de Myroff palideció espantosamente.

—¡Es una inmundicia! —gritó. LeCarr se encogió de hombros.

—Yo no soy el delincuente, sino usted. Si su conciencia está sucia, el problema es suyo, no mío. —LeCarr hizo una corta pausa—. Y cuando el F. B. I, mete sus narices en un caso, los que están implicados en él lo pasan muy mal, créame.

—Usted no lo pasará mejor, se lo aseguro —barbotó Myroff. Al salir, cerró de un portazo.

LeCarr se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo. Luego recogió las llaves y las volvió a su bolsillo.

—¡Uf! —exclamó con alivio—. ¡Si se llega a dar cuenta de que era un farol! Meneó la cabeza.

—Me habría visto obligado a romperle una silla en el cráneo —murmuró—. Porque, por nada del mundo, pienso permitir que Carol caiga en manos de ese asesino.

Y luego, preocupado, se preguntó si Myroff sería capaz de llevar a cabo su amenaza de difamarle.

La conclusión a la que llegó fue afirmativa. Pero ello no le hizo

desistir de sus propósitos.

Estaba dispuesto a impedir que Carol volviese nuevamente a poder de Myroff, cualquiera que fuese el precio que tuviera que pagar por ello.

A mediodía, salió de su despacho y se encaminó a la Biblioteca Pública.

Media hora después, había averiguado a qué lugar correspondían las ordenadas geográficas que había encontrado en casa de Carol.

Se quedó perplejo.

—Es Down Point —musitó—. ¿Qué habrá allí?

Pensó en emprender una nueva expedición para investigar en la cabaña de la playa, pero desistió en el acto. Tenía más cosas que hacer.

Cuando salió de la Biblioteca Pública, se dio cuenta de que había un coche parado al otro lado de la calle.

El vehículo estaba ocupado por dos sujetos a los cuales ya conocía.

—Ese Myroff está dispuesto a no perderme de vista —se dijo.

Subió en su auto y arrancó. El coche de los rufianes le siguió inmediatamente.

LeCarr salió de la ciudad. Los esbirros de Myroff no le perdían de vista un solo momento. Poco a poco, fue aumentando la velocidad de su automóvil. De vez en cuando, arrojaba un vistazo por el retrovisor.

El coche perseguidor mantenía la distancia invariablemente. Al cabo de veinte kilómetros, el joven divisó una estación de servicio.

Detuvo el auto frente a la cafetería y se apeó. Entró en el local y pidió una taza de café. Los forajidos estaban repostando su coche. LeCarr sonrió.

Al terminar, el joven hizo una petición al *barman*.

—¿Cuántas, señor? —preguntó el individuo.

—Oh, media docena, más o menos. Póngalas en un par de bolsas de papel fuerte, por favor.

La cuenta le resultó un tanto cara, pero LeCarr pensó que bien valía la pena invertir unos dólares en despegarse de sus perseguidores.

Emil y su compinche se quedaron atónitos al ver salir al joven

de la cafetería cargado con dos grandes bolsas de papel. LeCarr las depositó en el asiento anterior y luego, situándose tras el volante, emprendió el regreso a la ciudad.

Los pandilleros partieron tras él.

—Lo hacen muy mal —se dijo LeCarr—, porque me he dado cuenta de su maniobra. Pero también puede ocurrir que lo hagan así, precisamente para que sepa que no me van a dejar a sol ni a sombra.

Sonrió.

—Se van a llevar un buen chasco.

Mientras conducía con la izquierda, rasgó el papel de las bolsas, dejando al descubierto las botellas, que contenían petróleo. Luego, abriendo la ventanilla derecha, empezó a lanzarlas hacia la carretera, con el menor intervalo posible.

Segundos después, vio a través del retrovisor que el coche de los forajidos empezaba a zigzaguar. Los vidrios de las botellas, combinados con la viscosidad del petróleo, habían causado el efecto apetecido.

El coche de los pandilleros, lanzado a ochenta kilómetros a la hora, se salió violentamente de la carretera, rodó treinta metros por un prado cercano y acabó hundiéndose en una zanja.

LeCarr sonrió satisfecho.

—Fuera estorbos —se dijo.

Media hora más tarde, abrió la puerta de su piso. Carol corrió hacia él ávidamente.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—Bastante —respondió él—. Tiene que abandonar mi casa.

—¿Me echa? —Respingó la muchacha.

—No, pero he sido seguido hasta hace poco. Sin embargo, he conseguido librarme de mis perseguidores, pero es de suponer que no tarden mucho en correr tras mis huellas. Recoja su bolso, Carol; nos vamos inmediatamente.

—No me ha traído ropas —le reprochó ella.

—No he tenido tiempo de ocuparme de su indumentaria —refunfuñó LeCarr—, aunque si me promete portarse rápida y moderadamente, la llevaré a un sitio donde podrá reponer parcialmente su vestuario.

—Le aseguro que sólo compraré lo más indispensable, Sher.

—Muy bien. Entonces, no se hable más. ¡Vamos!

Antes de salir de la casa a la calle, LeCarr, prudentemente, exploró el terreno.

—¿Qué hace? ¿Espera a alguien? —preguntó Carol.

—No, sólo trataba de asegurarme que el tuerto con barba no tenía a nadie vigilándonos. Bien, parece que no hay moros en la costa, así que...

Al atardecer, como tenía por costumbre, LeCarr fue a visitar a su prometida. Una doncella le acompañó hasta la sala.

—La señorita Resha tiene una visita ahora, señor LeCarr —informó la muchacha.

—Estorbaré, supongo.

—Creo que no, señor. No dijo nada en contra de que los dejáramos solos. Pase, señor LeCarr.

El joven franqueó el umbral. Resha se puso en pie de un salto al verle.

—¡Sher, querido! —exclamó—. ¡Pensé que ya no vendrías a verme hoy!

LeCarr no contestó. Ni siquiera supo corresponder al beso que Resha le dio en una mejilla.

Toda su atención estaba centrada en el hombre tuerto y con barba, que se hallaba sentado en uno de los cómodos butacones de la sala.

CAPÍTULO VIII

El tuerto se puso en pie.

Era un sujeto hercúleo, de anchos hombros, vestido con una chaqueta de estrepitoso colorido y que llevaba una bufanda roja de seda en lugar de corbata. Aunque limpio, su aspecto era de cierto elegante desaliño.

—¡Sher! —dijo Resha—. Habla, no te quedes ahí parado como un poste. Aún no me has saludado como corresponde...

LeCarr besó a la joven en una mejilla.

—Dispensa, Resha; estaba un poco preocupado.

—Ah, algún caso importante, sin duda. Bien, trata de olvidarlo, mientras estés a mi lado. Perdona, Sher; yo también me distraje. Te presento al señor Coutts Maynand. Señor Maynand, Sheridan LeCarr, mi prometido.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Resha añadió:

—El señor Maynand es un gran poeta...

—¡Por favor, señorita Foran! —dijo el tuerto modestamente.

—...Y nos va a hacer el gran favor de recitarnos sus últimas composiciones en la gran fiesta anual a beneficio de los Huérfanos Pobres de la ciudad —continuó la joven sin hacer caso de la interrupción de su visitante.

—No cabe la menor duda de que el recitar constituirá un éxito sin precedentes —alabó LeCarr.

—Es usted muy amable, señor —respondió Maynand—. Uno, dentro de su modestia, trata de hacer todo lo que puede en favor de esos desdichados.

—Su espíritu caritativo es altamente encomiable.

—Por supuesto —terció Resha—, la intervención de nuestro gran poeta es totalmente desinteresada.

Maynand hizo un gesto con la mano, como queriendo decir que el dinero no le importaba en absoluto. Luego dijo:

—Mi querida señorita Foran, lamento tener que suspender la admiración de su rutilante belleza, pero imagino que usted se sentirá impaciente por hallarse a solas con su prometido.

—Oh, no importa, señor Maynand... El tuerto agitó la mano.

—Dos enamorados jóvenes, ella hermosa y él apuesto, lo son también de la soledad.

Volveré en otro momento para terminar de concretar mi intervención en la fiesta.

—Le acompañaré —se ofreció la muchacha.

LeCarr quedó solo, sumamente preocupado. ¿A qué había venido el tuerto a casa de los Foran?

Carol le había hablado del sujeto. El había hablado con Myroff.

Myroff le había amenazado con organizar un buen escándalo. Resultaba patente que los dos hombres, Myroff y Maynand, eran componentes de una misma banda... de la cual ignoraba, por cierto, sus verdaderos propósitos.

De repente, se le ocurrió una idea que casi le dejó sin aliento.

¡Las iniciales de la pulsera! Carven Myroff. Coutts Maynand.

Los dos hombres eran terriblemente robustos y con una frondosa cabellera negra.

¿No podía tratarse el parche negro y la barba de un disfraz?

Resha entró en aquel momento, interrumpiendo sus pensamientos.

—Hola, cariño —saludó la muchacha, ofreciéndole sus labios—. Al fin nos ha dejado solos ese pelma. Es un buen hombre, pero latoso como él solo.

LeCarr besó maquinalmente a su prometida. Sus pensamientos estaban muy lejos de aquel lugar.

La velada se le hizo inaguantablemente larga. Por fin, con gran alivio, llegó la hora de despedirse.

—Resha, ¿podría pedirte un favor? —dijo, casi en la puerta de la mansión.

—Lo que quieras, amorcito —contestó la chica.

—Se trata de Maynand. ¿Es tan buen poeta como aseguras?

—Yo no entiendo de poesía, si te he de ser franca. Pero ya sabes que mi madre es la presidenta del Comité de Ayuda a los Huérfanos

Pobres y es ella la que solicitó la colaboración de Maynand.

—¿Y bien?

—Hoy tuve que atenderle yo, porque mamá estaba fuera. ¿A qué vienen todas esas preguntas, Sher?

—Bueno —sonrió el joven—, me gustaría hablar con él, para que compusiera y recitara algunas poesías originales en el baile anual de la Asociación de Abogados.

Ello daría un tono más elevado a la fiesta, ¿no te parece?

—Pero, Sher, ¡si faltan más de cuatro meses para esa fiesta! —se extrañó Resha. LeCarr demostró que no en balde era un abogado listo.

—Bueno, si queremos que las poesías que recite sean originales, es preciso pedirselo con tiempo, ¿no te parece? Un poeta puede componer una poesía en minutos, si está inspirado, pero otras veces, su musa se resiste y... Así, teniendo tiempo de sobra, contaremos con la garantía de sus composiciones poéticas.

—Bien, es una actitud muy razonable. Y, ¿qué es lo que quieres, Sher?

—El domicilio de esa gloria de las letras patrias —contestó él, muy serio. Media hora más tarde, LeCarr llamaba a la puerta de un apartamento. Maynand en persona salió a recibirle.

—¡Señor LeCarr! —dijo, muy sorprendido—. ¿Qué le trae a usted por aquí? El joven llevaba en el bolsillo el revólver que había quitado a Myroff.

—Hablar con usted unos minutos, señor Maynand —contestó secamente—. ¿Puedo pasar?

El tuerto frunció el ceño al observar el gesto adusto de su visitante.

—Claro —contestó—. Entre, por favor.

—¿Una copa? —ofreció.

—Yo no bebo con asesinos.

Maynand se volvió, como picado por un áspid.

—¿Qué diablos está diciendo? —Gruñó.

—Lo que oye —respondió el joven, avanzando resueltamente hacia él—. Que, a pesar de su disfraz, muy hábil por cierto, no ha conseguido engañarme. Usted es Carven Myroff, asesino de Stephan Hazlos y Owen Bull, aunque, para pasar desapercibido, emplea la pomposa personalidad de un poeta.

—Está loco —dijo Maynand—. Loco de remate.

—¿Loco yo? —bramó el joven—. ¡Ahora lo verá!

Inmediatamente, saltó hacia el sujeto y le agarró la barba, pegando un fuerte tirón a continuación.

Maynand soltó un aullido de dolor. Luego, con la mano izquierda, de revés, asestó al joven un tremendo mamporro, que lo hizo girar dos veces sobre sí mismo antes de caer sobre una mesita baja, que estalló con gran crujido de maderas.

LeCarr quedó en el suelo, aturdido y dolorido, aunque todavía con conocimiento. Maynand le dirigió una colección de escogidos improprios y luego se dispuso a servirse una copa.

—¡Quieto ahí! —ordenó el joven, apuntándole con el revólver—. Levante las manos y no se mueva. De lo contrario, le meteré un balazo en el estómago.

Maynand palideció terriblemente. La copa que sostenía en una mano se rompió contra el suelo con gran estrépito.

—No... no tire... —balbució, espantado. LeCarr se puso en pie y avanzó hacia él.

—Quédese quieto y no le pasará nada —dijo.

Alzó la mano izquierda y, con gesto rápido, arrancó el parche negro.

—¡Rayos! —exclamó.

Dio dos pasos atrás, tremendamente desconcertado.

—Su... su ojo izquierdo... está sano... —balbució.

Maynand se rehízo parcialmente y le arrebató el parche, que volvió a colocar en su sitio.

—¡Pues claro que está sano! —gruñó—. Siempre digo que lo perdí en la guerra, en el Pacífico. Una esquirla de metralla..., no es verdad, pero ¿qué diablos puede importarle a usted eso? —añadió de mal talante.

LeCarr guardó el revólver.

—No sé qué pensar —dijo.

—A mí me pasa igual, aunque conservo la serenidad suficiente para decirle que, si no se marcha inmediatamente, llamaré a la policía. ¡Acusarme de asesinato! —rugió Maynand coléricamente—. ¿De dónde ha sacado semejante insensatez?

—Es que...

LeCarr se dio cuenta que dar explicaciones al poeta no

conduciría a ninguna parte. Había sido una increíble coincidencia: un tuerto, con barba... y con las iniciales de su nombre análogas a las grabadas en la pulsera de plata.

—Lo siento —dijo envaradamente—. Estoy dispuesto a ofrecerle todas las disculpas que desee.

—Me gustaría mucho más que se fuese de mi casa inmediatamente —rezongó Maynand.

—Sí, claro, desde luego. Una vez más le pido perdón y...

LeCarr abandonó el apartamento como perro con el rabo entre piernas.

Se hubiera sorprendido mucho de ver aparecer a otro hombre en la habitación, apenas hubo abandonado la casa.

Myroff soltó la carcajada al observar el aspecto colérico del tuerto.

—Divertido, ¿eh, Coutts? —exclamó. Maynand soltó una gruesa imprecación.

—Será para ti. Para mí, no lo es en absoluto.

Aún le dolía la barba, después del tirón que le había propinado el abogado.

—Vamos, vamos —dijo Myroff, con aire bonachón—, no te lo tomes tan a pecho. Sólo es cuestión de unos días...

—Nunca me gustó que me metieras en tus trapacerías, Carven.

—Y no te estoy enredando; sólo suplanto tu personalidad, en ocasiones. Maynand frunció el ceño.

—¿Para qué haces todo esto, Carven? —preguntó.

Myroff se acercó al aparador de los licores y se sirvió una copa.

—Eso no debe preocuparte, Coutts —respondió—. Haga lo que haga, tú vas a recibir un buen puñado de dólares que, a juzgar por lo que he podido observar, te están haciendo mucha falta.

—Aún puedo pasarme sin tu dinero.

—Pero yo no puedo prescindir de tu ayuda, al menos, en esta ocasión.

—¿Cuánto tiempo vas a tardar? Myroff hizo un gesto voluble.

—Depende.

—¿De quién?

—De las circunstancias, claro. Pero te aseguro que estoy tratando de ser lo más rápido posible.

—¡Ojalá terminases hoy mismo! ¡Ahora, en el acto! —exclamó

Maynand, rabiosamente.

—Mi querido Coutts, pides demasiado. ¿Qué más quisiera yo que poder complacerte?

—Pero, bueno, ¿puede saberse al menos, por qué diablos haces esto? Myroffapuró su copa de un golpe.

—Por dinero —respondió crudamente.

—¿No podrías explicarme de qué asunto se trata?

—Coutts, cuando termine, vas a recibir mil dólares, aparte de los mil que ya te he entregado y que han servido para que tapes los boquetes más grandes que tenías abiertos en tu economía. Eso es todo cuanto puedes saber..., aparte de que mañana, bajo ningún concepto, deberás salir de casa, ni recibir visitas, ni contestar al teléfono ni una sola vez. Como si el apartamento estuviera deshabitado, ¿comprendes?

—No, pero lo haré —rezongó el poeta.

Myroff dejó la copa sobre el aparador y se acercó al teléfono. Marcó un número y esperó.

—¿Emil? ¿Alguna noticia de la chica? —inquirió segundos más tarde—. ¿No...?

Lanzó una obscena maldición.

—¡Ese condenado abogado la ha escondido! —bramó—. ¡Es preciso buscarla! ¿Me habéis entendido?

Colgó con fuerte golpe. Maynand le contemplaba especulativamente.

—Parece que te interesa mucho la chica —comentó.

—Sí —reconoció Myroff, con un brillo de cólera en los ojos.

—¿Algún secuestro? —preguntó el poeta en tono intrascendente.

—No. Una herencia... Es un poco complicado de explicar y estoy cansado. Myroff se dirigió hacia la puerta.

—Ya lo has oído: mañana, encerrado en casa, sin salir, ni recibir visitas, ni contestar al teléfono —repitió secamente.

Al quedarse solo, Maynand estuvo tentado de ponerse en contacto con el abogado.

Sospechaba que Myroff planeaba algo mucho más turbio de lo que había dado a entender. Pero, por fin, con un encogimiento de hombros, decidió que las cosas siguieran su curso.

CAPÍTULO IX

Carol Mintzai se extrañó mucho de que Sheridan LeCarr viniese a buscarla a hora tan temprana.

La joven había sido hospedada en un hotel discreto, tras convencerse ambos de que no sabían nada. Unos cuantos dólares de propina habían salvado fácilmente cualquier suspicacia por parte del conserje y, a fin de mayor seguridad, Carol había sido registrada con nombre supuesto.

—¿Adónde vamos? —preguntó la muchacha, una vez se halló dentro del automóvil del abogado.

—A Down Point —respondió él sin vacilar.

—¿Allí otra vez? —se extrañó la muchacha—. ¿Qué hay en aquel paraje tan desolado?

—Eso es lo que, precisamente, tratamos de averiguar.

—No le entiendo, Sher. ¿Por qué no habla claro de una vez?

—¿Cree que no me gustaría? —masculló LeCarr—. Usted irrumpió violentamente en mi vida, alterando mis normas...

—Su rutina, dirá mejor —le atajó ella cáusticamente.

—Bueno, como quiera. El caso es que...

—¿Ama usted a Resha Foran? LeCarr frunció el ceño.

—No se meta en mis asuntos personales —prohibió.

—Ella no es mujer que le convenga. Parece una mosquita muerta y, aunque no dudo que le ame, le quiere a su modo, se lo aseguro. Ya verá cuando se hayan casado, qué pronto toma posesión de usted y lo absorbe, por completo.

—Déjese ahora de psicologías ajenas y ocúpese únicamente de la suya.

—Resha —prosiguió Carol imperturbable—, será como una especie de abeja reina. Monógama, pero abeja reina. La casa de los

futuros señores LeCarr será regida por un matriarcado despótico que...

LeCarr desvió el coche súbitamente, a la vez que aplicaba los frenos. Ella le contempló con sorpresa.

—¡Eh! ¿Qué es lo que va a hacer? —exclamó, sorprendida.

LeCarr paró el coche. Luego se volvió hacia ella y la tomó en brazos, besándola furiosamente.

Carol se debatió unos instantes, pero acabó por ceder. LeCarr notó que la muchacha devolvía los besos con estallante pasión.

Se separaron al cabo de unos momentos. Carol tenía el rostro encendido y su busto subía y bajaba con rapidez.

—Es usted un demonio —manifestó, sonriendo, mientras se atusaba el revuelto cabello.

—¿No era eso lo que me estaba pidiendo a gritos? —Gruñó él, poniendo el auto nuevamente en marcha.

—¿Yo? ¿Yo le pedí que me besara como un salvaje?

—Sí. Está haciendo contrapropaganda de Resha y eso sólo significa una cosa: se ha enamorado de mí y quiere que yo rompa el compromiso. ¡Pues no lo romperé, sépalo usted!

Carol soltó una risita.

—Me parece que no será Resha quien se llame señora LeCarr —dijo—. Pero mejor será que hablemos de todo esto cuando el asunto haya terminado. Entonces veremos si yo tenía o no razón.

—Muy segura está de lo que dice, Carol.

—Espere unos días y tendrá ocasión de comprobarlo —afirmó ella con voz un tanto extraña.

LeCarr ya no quiso seguir hablando del tema, aunque en su interior hubo de reconocer que las palabras de Carol tenían cierto fundamento.

Aunque no hubiese encontrado a la muchacha, que empezaba a gustarle más de lo conveniente para su tranquilidad espiritual, había podido darse cuenta de que su amor hacia Resha Foran no era ya el de los primeros días.

Sí, Resha era joven, hermosa y rica, pero...

Era mejor dar de lado aquel asunto. De momento, lo único que conseguía era aumentar sus preocupaciones.

Al cabo de un buen rato, Carol rompió el silencio con una pregunta:

—¿Por qué volvemos a Down Point, Sher?

—Estuve en su casa, Carol.

—¿Cuándo? —exclamó ella, verdaderamente sorprendida.

—No importa eso ahora. Pero sí encontré una anotación en un viejo libro de geografía que tenía usted en su biblioteca.

—¡Ah, la geografía de mi padre! La conservaba como recuerdo de sus años estudiantiles. ¿Qué decía la anotación?

—Había escritas unas coordenadas geográficas. Consulté el mapa... y el resultado fue Down Point.

Carol frunció el ceño.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Si no fuese así, ahora estaría en mi despacho —refunfuñó él.

—¿Qué espera encontrar en la cabaña?

—Eso es lo que me gustaría saber. Pero hay allí algo que es muy importante para Myroff... tanto, que no vaciló en asesinar a dos personas por esa cosa que no acaba de encontrar y que cree tiene usted en su poder.

—Francamente, no lo comprendo —murmuró ella, muy pensativa.

—Yo tampoco, pero creo que algún día acabaremos por entenderlo. Minutos más tarde, llegaban a Down Point.

El automóvil de los bandidos había desaparecido. La cabaña continuaba en el mismo estado que después del choque que casi la había hundido.

LeCarr paró su auto.

Los dos se apearon. El abogado contempló la cabaña con aire crítico.

Todo un lado de 3a misma aparecía poco menos que arruinado. Sin embargo, el opuesto se mantenía en pie.

—Es, precisamente, el cuarto de tortura —dijo.

—Usted espera encontrar algo, pero ¿qué y dónde? —inquirió ella.

—¿Por qué *no* empezamos a trabajar en lugar de hablar?

—Sí, pero...

—Recuerde, chica; cuando Myroff y sus gorilas nos sorprendieron, yo me disponía a ver lo que había al otro lado de la trampa del desván.

—Sí, es cierto. ¡Vamos allá!

Entraron en la cabaña con ciertas precauciones. La puerta se había desprendido parcialmente de sus goznes y no ofrecía ninguna seguridad.

El maderamen crujía bajo sus pies. LeCarr entró en el cuarto, seguido de la muchacha, y alzó la vista al cielo.

Buscó una silla y tocó la trampilla con las manos. Luego emitió un sordo juramento.

—¿Qué le pasa? —preguntó la muchacha.

—No se puede abrir. No tiene llave, cerradura, pestillo ni nada parecido...

—Bueno, es madera vieja, así que con un hierro podrá romperla fácilmente —alegó ella—. Voy a buscarlo.

LeCarr saltó al suelo y se acercó a la silla fija con aire preocupado.

Estudió durante unos instantes el sistema de sujeción. Ciertamente, Down Point era un lugar desolado, pero ¿qué justificaba el tener allí lo que bien podía denominarse una instalación permanente de tortura?

Carol entró a poco con aire decepcionado.

—No encuentro nada que pueda servirnos, Sher —dijo.

—Oiga, un momento —exclamó él—. ¿A quién pertenece esta cabaña?

—No lo sé, no tengo la menor idea.

LeCarr tenía la mano puesta sobre el respaldo de la silla.

—¿No sería de su amigo Hazlos?

—Hazlos era amigo de mi padre, no mío, aunque yo confiaba en él plenamente. Pero... LeCarr sacudió la silla con fuerza.

—Es posible que la cabaña pertenezca a Myroff —dijo—. Y, con toda seguridad, no fuimos nosotros, ni tampoco Hazlos, los primeros en...

El joven se interrumpió de pronto. La silla se inclinaba hacia atrás, alzando el trozo de suelo al cual estaba atornillada.

Sonó un fuerte chasquido. LeCarr y Carol alzaron la cabeza hacia el techo.

—¡Sher, la trampilla se está abriendo! —gritó ella.

—¡Diablos! —exclamó LeCarr, atónito.

Aún tenía la mano en el respaldo de la silla. De pronto, se le ocurrió una idea. Empujó la silla hacia adelante. La trampilla volvió

a cerrarse.

—¿Qué le parece, Carol? —dijo, lleno de satisfacción—. Esta silla es la llave que abre la trampa de acceso al desván.

Carol estaba admirada.

—Sher, parece una película de «suspense» —dijo, de buen humor.

—«Suspense» o no, ahora mismo vamos a darnos un paseíto por el desván —afirmó él rotundamente.

Empujó la silla hasta dejarla en posición horizontal. Luego se acercó a la que había bajo el hueco y alargó los brazos.

—Yo también quiero subir —pidió Carol.

—Espere un momento, por favor.

LeCarr se izó a pulso, sintiendo los crujidos de las maderas por todas partes. «Espero que la cabaña aguante», pensó aprensivamente.

Momentos después, se hallaba en el desván. Púsose de rodillas al borde de la abertura y, apoyando una mano en el extremo opuesto, alargó la otra hacia la muchacha, izándola casi a pulso.

—Es usted un tipo fuerte —alabó Carol, una vez estuvo arriba.

LeCarr no contestó. Ya se había incorporado y miraba en torno suyo con gran atención.

El desván no tenía ninguna abertura, excepto la trampilla de acceso, por la que penetraba una luz difusa. Con gran asombro, vieron que no había allí ningún objeto.

—Ni una mesa vieja, ni una silla... Nada —exclamó él, defraudado.

—Pues..., ¿qué esperaba hallar usted, Sher? —inquirió Carol.

—Hombre..., las cosas que siempre suele haber en los desvanes: muebles y trastos viejos...

—En alguno de los cuales, sin duda, habría encontrado lo que Myroff busca con tanto ahínco, ¿no es cierto?

—Exactamente.

El suelo estaba cubierto de una espesa capa de polvo. Flotaba en el ambiente un olor a humedad y abandono nada agradable, que hizo pensar a LeCarr que debían abandonar aquel lugar cuanto antes.

Pero estaba preocupado. Sin darse cuenta de lo que hacía, sacó el paquete de tabaco y se puso un cigarrillo en la boca.

Luego prendió el encendedor y acercó la llama al cigarrillo. Súbitamente, Carol lanzó una exclamación:

—¡Eh, mire eso, Sher! LeCarr apagó el mechero.

—¿Qué es, Carol? —preguntó—. Yo no veo nada...

—Encienda otra vez ese trasto —pidió ella.

El joven obedeció. Carol señalaba con la mano un punto situado a dos o tres pasos de ella y al otro lado de la trampilla.

La llama del encendedor proporcionaba un pequeño suplemento de luz, que caía oblicuamente sobre unas letras escritas sobre el polvo, con un dedo al parecer. De no habersele ocurrido a LeCarr encender el cigarrillo, no las habrían divisado.

El joven se arrodilló junto a las letras y leyó lo escrito en alta voz:

—Calle Dieciséis, trescientos quince, tercera, decimoséptimo. Levantó la cabeza con aire desconcertado.

—¿Qué quiere decir eso, Carol? —preguntó. La muchacha aparecía tan perpleja como él. Repitió:

—Calle Dieciséis, trescientos quince, tercera, décimo séptimo... ¡Sher, es el domicilio de Resha!

—¡Demonios!

LeCarr tenía motivos para sentirse asombrado.

—Carol, ¿qué rayos tiene que ver mi prometida con todo este asunto? —preguntó. Ella meneó la cabeza.

—No tengo la menor idea, Sher —contestó—, pero sería conveniente que hablase usted con ella acerca del particular.

—No —dijo él firmemente—. No quiero hablar de esto. Prefiero investigar por mi cuenta.

—¿Cómo lo hará?

LeCarr sacó una agenda y un lápiz y anotó las letra escritas sobre el polvo. A continuación, borró aquel mensaje con el pie.

—A estilo Fantomas —contestó al terminar.

—¿Entrando en la casa como un ladrón?

—Justamente.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Ya buscaré el momento oportuno.

—Pero no sabe qué significa eso de «tercera, decimoséptimo» —alegó ella.

—Se me ha ocurrido una idea, Carol. Sin embargo, no podré

decir si es acertada o no hasta que haya tenido ocasión de comprobarlo. ¿Vamos?

LeCarr fue el primero en descender al suelo de la habitación. Ayudó a la muchacha a que bajase y luego se volvió hacia la entrada.

—¿Lo encontraron ya? —preguntó Emil desde la puerta.

Dean se hallaba junto a su compañero. Los dos les apuntaban con las pistolas.

CAPÍTULO X

Carol se apretó instintivamente contra el joven. Volvía a tener miedo.

—De nuevo estamos juntos, ¿eh? —continuó Emil. Alargó la mano izquierda—. Démelo —pidió imperativamente.

—¿El qué? —preguntó LeCarr, fingiendo inocencia.

—Eso que han encontrado ahí arriba, cualquier cosa que sea. Démelo —gruñó el rufián duramente—, o se lo quitaremos a sus cadáveres.

—Si creen que no somos capaces de disparar, prueben a resistirse —añadió el otro torvamente.

—El lugar está desierto. Los tiros no se oirán —añadió Emil. LeCarr alzó los brazos con gesto resignado.

—Está en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta —contestó. Emil sonrió.

—Me gustan las personas con espíritu cooperador —alabó sarcásticamente. Y se acercó al joven.

Carol estaba muy apretada contra LeCarr. El forajido lanzó una orden:

—¡Apártese!

Ella obedeció. Emil alargó la mano izquierda, pero le resultaba incómodo y se cambió la pistola de mano.

LeCarr aprovechó la ocasión. Durante una fracción de segundo, dejó de estar encañonado.

Alargó sus dos manos y agarró a Emil por las muñecas, alzando la pistola rapidísimamente.

Salió el tiro, pero la bala no hizo otra cosa que desprender astillas y polvo del techo.

LeCarr levantó la rodilla, hundiéndola en el vientre de su

antagonista.

Dean se movió, buscando un ángulo de tiro favorable, mientras su compinche juraba obscenamente. De pronto, LeCarr asestó a Emil un terrible empujón y lo lanzó contra el otro forajido.

La espalda de Emil chocó contra la pistola de Dean. Estalló otra detonación.

Emil lanzó un terrible alarido. Los dos rufianes cayeron al suelo en confuso montón. Dean bramaba de rabia. El cuerpo de su compañero de tropelías pesaba sobre él, impidiéndole moverse con soltura.

Trató de apartarlo a un lado. Entonces, el pie de LeCarr cayó sobre su mano derecha con tremenda fuerza.

Dean emitió un tremendo grito de dolor. LeCarr le golpeó en la mandíbula con la puntera del zapato, dejándolo inconsciente en el acto.

El joven se irguió, respirando profundamente. Emil había rodado por el suelo y permanecía inmóvil.

Una mancha de sangre se ensanchaba con rapidez en su espalda.

—Está muerto —dijo Carol, horrorizada.

LeCarr se arrodilló al lado del forajido y le tomó el pulso. Los latidos del corazón de Emil se detuvieron a los pocos instantes.

Volvió los ojos hacia la muchacha.

—Lo siento —dijo.

Hubo un momento de silencio. Luego, LeCarr se puso en pie. Con gesto mecánico, se limpió las rodilleras de los pantalones.

—¿Qué haremos ahora, Sher? —preguntó ella, todavía temblorosa. El joven hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé. Marcharnos de aquí, supongo.

—¿Y ése? —Carol señaló a Emil.

—Ya se ocupará del cuerpo de su compinche. Le hará, por la cuenta que le tiene.

—Tendríamos que avisar a la policía...

—¿No era usted la que rehusaba hacerlo? —pregunté LeCarr.

—Ninguno de los dos queríamos —contestó ella. LeCarr emitió un gruñido.

—Es una endiablada complicación.

—Entonces, para salirnos de ella, lo mejor será que nos vayamos. Ese rufián no obraba de buena ley, así que no nos

delatará.

—Pero seguirá molestándonos. Carol miró al joven.

—Sher, no pretenderá usted eliminarle para evitar la posibilidad de un suceso que aún no se ha producido. ¡Usted no es hombre que mate a la gente a sangre fría!

—Sí —reconoció él— y ésa es la suerte de semejante tipo. ¡A él no le habría remordido la conciencia en absoluto!

—Vámonos, Sher —pidió Carol—. Ya tenemos lo principal. Dejemos que este rufián se arregle con el cuerpo de su amigo.

Era lo más sensato que podían hacer, pensó LeCarr. Aunque, como abogado, estaba dándose cuenta de que obraban de un modo disparatado.

Salieron de la cabaña y corrieron hacia el coche. El de los bandidos se hallaba al otro lado de la duna.

—¿Cómo han podido seguirnos hasta aquí? —preguntó Carol, mientras el joven deshinchaba los neumáticos del auto de los forajidos.

—Habrán estado vigilando mi domicilio —contestó él—. Yo también debí haberme buscado otro alojamiento.

—Ahora es un poco tarde para reproches, Sher.

—Sí, demasiado tarde —convino el joven—. ¡Si pudiera encontrar a Myroff!

—¿No sabe usted dónde vive? LeCarr sacudió la cabeza.

—No tengo la menor idea —contestó.

Guardaron silencio. Ambos se sentían cada vez más preocupados por el cariz que iban tomando los acontecimientos.

De pronto, Carol se estremeció:

—Estuvieron a punto de asesinarnos, Sher.

—Sí —admitió él brevemente.

—Y yo soy el origen de todas sus desdichas, Sher.

—Olvídelo.

—Si no se me hubiera ocurrido meterme en su automóvil...

—Ahora ya es tarde para lamentaciones, Carol.

—Pero le he complicado a usted la vida enormemente. Y no se casará con Resha. Carol parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Por qué dice eso? —preguntó LeCarr.

—Yo... —Carol hipó fuertemente—, le dije todas esas cosas de Resha..., creo que por envidia... Le abrí los ojos con respecto a su

prometida... y me parece que me equivoqué en mis apreciaciones. Usted tiene la suficiente personalidad como para no dejarse absorber por nadie...

—Olvide eso, Carol. ¿Quiere que le diga una cosa, a ver si se consuela? Pues la verdad es que, en los últimos tiempos, empezaba a sentirme sumamente insatisfecho de mi compromiso.

—No trate de engañarme, Sher...

—Es la pura verdad, Carol. Confieso que, en un principio, el matrimonio con Resha empezó a gustarme; ella es joven, hermosa, su padre tiene dinero, una preeminente posición social..., pero luego, empecé a darme cuenta que todo eso no es suficiente.

—¿Qué es lo que ambiciona usted, Sher?

—No lo sé exactamente, pero no la clase de vida que habría debido llevar al lado de Resha. Nunca hubiera sido enteramente independiente, ¿comprende?

—Sí, creo que sí —musitó ella.

—Yo no quiero que mi esposa sea mi esclava, pero ¡caramba!, es que en el caso de Resha se habría dado el caso enteramente opuesto.

—A pesar de todo, usted hubiera acabado por ganar la partida.

—Carol —dijo él sentenciosamente—, si quiere que le exprese la verdad, ésa es una partida que me parece que no jugaré. Hablando con franqueza, tengo miedo a perderla.

Callaron de nuevo.

Poco más adelante, LeCarr dijo:

—Carol, ahora la dejaré en su hotel. Quédese allí y no se mueva hasta que yo se lo diga.

—¿Qué va a hacer usted? —quiso saber ella.

—Lo primero, iré a mi casa y me cambiaré de ropa. Me he puesto el traje hecho un asco y no debe olvidar que debo continuar mi trabajo.

—¿Y después?

—Investigaré qué quiere decir eso de «tercera, decimoséptimo» en casa de mi... prometida —concluyó él con esfuerzo que no pasó desapercibido a la fina percepción de la muchacha.

Veinte minutos después, LeCarr abrió la puerta de su apartamento. Dio dos pasos y, de pronto, creyó notar una presencia extraña en el interior.

Captó el leve murmullo de una respiración. Intentó volverse, pero ya era demasiado tarde.

Algo duro cayó sobre su cráneo. LeCarr creyó que el cerebro le estallaba en un millón de fragmentos, pero fue una sensación que duró un brevísimo tiempo: menos de un segundo, exactamente, el que tardó en perder el conocimiento.

* * *

Una hora después, LeCarr se miró al espejo, haciendo una mueca de desagrado.

—Menos mal que el chichón está en la nuca y no se notará —dijo con filosófica resignación.

El porrazo le había tenido sin conocimiento durante más de treinta minutos. Aunque no había visto a su agresor, sospechaba fundadamente quién era.

Lo curioso del caso era que no le faltaba nada en sus objetos personales, ni tampoco en el apartamento. Sin embargo, pudo observar indicios de que se había practicado un registro concienzudo.

—Ese condenado Myroff no se pierde una —masculló enojadamente.

Después de aliviarse, empezó a pensar en la conveniencia de cambiarse de ropa. Así lo hizo y, al terminar, empezó a trasladar las cosas de un traje al otro.

Entonces notó algo que le había pasado desapercibido hasta entonces.

Corrientemente, llevaba la agenda en el bolsillo interior del lado izquierdo. La encontró en el opuesto.

—Y yo estoy seguro de haberla colocado en el izquierdo —murmuró. La fuerza de la costumbre le había hecho actuar de tal modo.

Pronto dedujo lo que había sucedido.

—Myroff copió la anotación que encontramos en la cabaña de Down Point. No había otra explicación. Pero se sentía relativamente tranquilo.

Myroff iría a casa de su prometida. Sin embargo, procuraría hacerlo a una hora intempestiva, cuando estuviese seguro de no ser

sorprendido.

Sonrió.

—Veremos si se lleva o no una sorpresa —se dijo.

A las siete de la tarde, se encaminó a la mansión de los Foran. La doncella le recibió con la amabilidad de costumbre.

—La señorita tiene una visita. ¿Esperará o le anuncio, señor? —preguntó. LeCarr enarcó las cejas.

—¿Una visita? ¿Quién? —inquirió.

La doncella bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Ese artista chiflado del parche negro en un ojo, señor. A mí me parece que haría usted bien prohibiendo a la señorita que le recibiese; yo ya me imagino a qué viene ese muerto de hambre.

LeCarr sonrió.

—Un competidor, ¿eh?

—Con el debido respeto, así opino yo, señor.

—Gracias, Ginny, pero no hay que preocuparse. Pronto quitaremos de en medio a ese romperrimas.

Ginny enarcó los ojos.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó, atónita.

—Un insulto que puede ser escuchado por todos los oídos —respondió él sonriente. Y avanzó hacia la puerta del saloncito.

Resha se puso en pie al verle entrar.

—¡Sher, querido, qué alegría! —exclamó, avanzando hacia el joven.

—¿Interrumpo? —preguntó LeCarr cortésmente.

—Nada de eso —respondió Resha—. El señor Maynand ha sido tan amable de venir a leerme por anticipado un soneto que ha compuesto durante la noche pasada. ¿Quieres escucharlo tú también?

LeCarr dirigió una mirada al tuerto.

—Lo cierto es que no estoy muy fuerte en poesía —dijo. Maynand hizo un gesto con la mano.

—La poesía se siente o no se siente —dijo un tanto altisonantemente—. Pero, por lo mismo, no se puede forzar a escuchar una composición poética a quien no se muestra inclinado a recibir el mensaje que encierra.

—Sher, has ofendido a mi huésped —se enojó la chica.

—Lo siento. Dije la verdad —respondió él. Y añadió—: A los

poetas les gusta la verdad, ¿no es cierto, señor Maynand?

—Desde luego. Y aprecio mucho más su franqueza que no un elogio falso, basado en la mera cortesía. ¿Me permiten que fume? — preguntó de pronto.

—No faltaría más —accedió la muchacha.

Maynand sacó una costosa pitillera de oro, de la que extrajo un cigarrillo, el cual colocó luego en el extremo correspondiente de una larga boquilla.

Al ver aquello, LeCarr se puso rígido. ¡El hombre que tenía frente a sí, no era Maynand, sino Myroff!

CAPÍTULO XI

Estaba seguro de ello. Maynand no fumaba o, al menos, él no le había visto fumar.

Pero sí había visto a Myroff con su larga e inconfundible boquilla, de aire *demodé* y pretencioso.

«Es una magnífica caracterización la suya», pensó.

Inmediatamente supo a qué había llegado Myroff a la casa, simulando ser Maynand.

Trataba de reconocer el terreno. El también quería saber qué significaban aquellas dos palabras: «tercera, decimoséptimo».

«Bueno, ahora se trata de ver cuál de los dos es más listo», se dijo.

La conversación, sin trascendencia, prosiguió durante algunos minutos. Después, Myroff se despidió, agradeciendo a la muchacha las palabras de elogio que había pronunciado para su soneto.

—No te has portado muy bien con él —dijo Resha al quedarse solos.

—Excúsame. He tenido hoy bastante trabajo y me encontraba un poco nervioso.

—Te serviré una copa. Tienes cara de estar necesitándola.

Resha empezó a preparar la bebida. Mientras lo hacía, LeCarr preguntó:

—Resha, ¿conoces tú a una chica llamada Carol Mintzai? La joven se volvió hacia él.

—Sí. Estudiamos juntas hace algunos años. ¿Por qué lo preguntas?

—Vino hace unos días a formularme una consulta legal. Ella sacó a relucir tu nombre y, efectivamente, dijo lo mismo.

—Su padre y el mío tuvieron relación de negocios tiempo atrás.

Precisamente él estuvo aquí no hará mucho; cosa de un mes o mes y medio.

LeCarr se sorprendió.

—No sabía que viviera el padre de Carol —exclamó.

—¿Por qué no había de vivir? Ella es joven, tendrá unos veintitrés años... y su padre tiene la edad del mío, es decir, menos de sesenta años.

—¿Vive aquí?

—No. Se marchó fuera cuando sus negocios empezaron a rodarle mal. Volvió accidentalmente y vino a visitar a mi padre, eso es todo.

—¿Dónde tuvo lugar la entrevista, Resha?

—En la biblioteca. Oye —exclamó ella de repente— ¿por qué te interesas tanto por Carol Mintzai y su padre?

—Bien, si ella vino a verme a mí en plan profesional, es lógico que quiera conocer todos los detalles posibles, ¿no te parece?

Resha le lanzó una mirada llena de suspicacia. Le entregó la copa y dijo:

—No te fíes de ella. Es astuta, taimada y rastrera.

—Parece que la conoces bien, Resha —observó el joven.

—Tengo motivos para ello —contestó Resha secamente.

—Está bien. Si Carol Mintzai es un tema que te enoja, cambiaremos de conversación.

Hablemos de nosotros mismos, es lo mejor, ¿no te parece?

El misterio se iba aclarando, pensó LeCarr. Pero aún faltaban algunos cabos sueltos por atar.

Esperaba conseguirlo aquella misma noche.

Estuvo conversando largo rato con Resha. Poco más tarde, la joven se levantó, diciendo que iba un momento al tocador.

LeCarr había provocado aquella salida, dejando sin carmín los labios de la muchacha. Al quedarse solo, esperó un minuto y luego se asomó a la puerta del salón.

El vestíbulo se hallaba desierto. Lo cruzó rápidamente y entró en la biblioteca.

Ahora no podía perder más tiempo que el estrictamente necesario. Corrió hacia una de las ventanas que daban al jardín y soltó el pestillo, aunque dejándola cerrada, a fin de que no se dieran cuenta y estropeasen sus planes.

Luego regresó al salón, haciéndolo un minuto antes de que volviera su prometida. A poco, se despidió de ella, asegurando que volvería al día siguiente.

Cenó en un restaurante relativamente cercano. Mientras le servían la cena, llamó a Carol por teléfono.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó ella ansiosamente.

—Sí. Estuve hablando con Myroff.

—¡Cielos, Sher! ¿Qué me está diciendo?

—Como lo oye..., pero ya le daré explicaciones en otro momento. Escuche, Carol, usted no me dijo que su padre vivía.

—Bueno, es un tema que no salió nunca a colación.

—Tampoco me dijo que había estado aquí hará cosa de seis semanas.

—¿Cómo lo sabe usted, Sher?

—Eso no importa ahora. ¿A qué vino su padre, Carol?

—Bueno, él y Foran fueron socios hace tiempo.

—¿Y...?

—Todavía tenían algunos asuntillos pendientes y vino a solucionarlos con el padre de Resha.

—¿Solamente vino a eso?

—Sí, al menos, que yo sepa.

—Entonces, su padre no vivía aquí.

—No. Se trasladó cuando cesó en la sociedad con Foran.

—¿Y usted?

—Yo, ¿qué, Sher?

—Que cómo no se marchó con su padre, Carol.

—Porque tenía un buen empleo y los dos, de mutuo acuerdo, juzgamos que debía continuar desempeñándolo. ¡Ahora lo habré perdido! —se lamentó la chica.

—Tal vez yo le ofrezca otro cuando termine todo esto —apuntó LeCarr.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Carol ávidamente.

—Espere unas horas y lo sabrá —sonrió LeCarr, colgando el teléfono.

Después de cenar, tomó un par de tazas de café, sin prisas, dejando pasar el tiempo. Alrededor de las diez y media de la noche, abandonó el restaurante y se dirigió a la casa de su prometida.

Detuvo el coche a unos cien metros. Esperó un rato.

La residencia de los Foran se hallaba en el barrio residencial. El movimiento nocturno era poco apreciable.

Poco antes de la medianoche, abandonó el automóvil y caminó a lo largo de la acera. El jardín de la casa estaba rodeado por una valla baja, de madera pintada de blanco.

LeCarr dio la vuelta y saltó por detrás. Luego, sin hacer ruido, se aproximó a la ventana de la biblioteca.

Tenía en el bolsillo una diminuta linterna, que solía llevar siempre en la guantera del coche. Empujó la ventana silenciosamente y saltó al interior de la biblioteca.

Cerró a sus espaldas. El silencio era absoluto.

Corrió las cortinas cuidadosamente. Luego encendió la linterna y la proyectó hacia uno de los muros de la estancia.

Ahora ya sabía qué significaban las dos últimas palabras del mensaje grabado en el polvo.

«Tercera» estantería, «decimoséptimo» volumen.

Pero todas las paredes de la biblioteca estaban recubiertas de estantes repletos con libros. Además, la palabra «tercera», ¿se refería a contar desde arriba o desde abajo?

No había otro remedio que examinar todas las terceras estanterías, empezando tanto desde la parte superior como desde la inferior. En alguno de los libros que hiciesen el número diecisiete de orden estaba la solución del enigma.

La linterna proyectaba la luz justa, dejando en tinieblas el resto de la biblioteca. LeCarr examinó dos de los estantes, sin encontrar en los libros correspondientes nada que pudiera llamar su atención.

En la tercera pared, vio que había un hueco en la tercera estantería contando desde el suelo.

Inspiró con fuerza. Myroff se le había adelantado.

Una sorda oleada de cólera invadió su ánimo. En aquel momento, de haber tenido al sujeto delante de sí, le habría estrangulado sin vacilar.

Apagó la linterna. Era hora de marcharse.

Giró en redondo, dio dos pasos y, de pronto, tropezó con algo y cayó al suelo, derribando una silla, que produjo un estrépito más que regular.

Maldijo su torpeza. ¡Si los habitantes de la casa habían oído el ruido...!

Se puso en pie rápidamente. Ya se dirigía hacia la ventana cuando, súbitamente, se detuvo en seco.

¿Con qué obstáculo había tropezado?

Encendió la linterna y paseó el haz de rayos por el suelo. Segundos más tarde, recibía un tremendo choque.

Había un cuerpo humano tendido en el suelo. Las causas de su inmovilidad eran fácilmente visibles: un puñal clavado en el centro de la espalda hasta el mango.

El cadáver se hallaba de bruces. Antes de volverle para ver su cara, LeCarr ya conocía su identidad.

Esta vez no había dudas: faltaba el parche y no estaba la barba. Pero Myroff había purgado sus crímenes.

Y el asesino se había llevado el libro número diecisiete en el que se hallaba la clave del enigma.

De pronto, oyó pasos en el vestíbulo.

—¡Hay ladrones! —dijo una voz—. ¡Avisen a la policía!

LeCarr se abalanzó hacia la ventana y saltó por ella, justo en el momento en que se abría la puerta de la biblioteca.

—¡Ahí está! —Oyó la tonante voz del dueño de la casa. LeCarr se dio cuenta de que alguien encendía las luces.

—¡Cuidado, papá! —chilló Resha.

—¡Déjame, hija! —bramó Foran—. ¡A ese tipo le voy a dar yo...!

LeCarr no quiso esperar a saber qué le iba a dar su futuro suegro, porque se lanzó a todo correr hacia la valla del jardín. Casi en el mismo instante, sonó una espantosa detonación.

Las hojas de los árboles cayeron con leve siseo, desprendidas por los perdigones de la escopeta.

—Demonios —gruñó el joven—. Olvidaba que mi suegro es aficionado a la caza. Y se tiró de cabeza al otro lado de la valla sin más dilación.

En aquel momento, Resha descubría el cadáver.

—¡Papá, hay un muerto en la biblioteca! —gritó estridentemente.

El señor Foran se volvió. Contempló el cadáver y luego tuvo que acudir en socorro de su hija, que había perdido el conocimiento.

CAPÍTULO XII

LeCarr no cometió la imprudencia de recoger su coche, aunque se dijo que tampoco era muy prudente dejarlo allí. Sin embargo, ya tenía planeada una disculpa por si alguien se mostraba demasiado curioso al respecto.

Diría que había cenado en un restaurante próximo, lo cual era cierto, y que luego pensaba volver a por el auto, pero, que, enfrascado en los asuntos que tenía pendientes en su bufete, se había olvidado del coche. Era una excusa endeble, aunque la mejor que podía ofrecer.

Por otro lado, se sentía bastante trastornado. ¿Estaban los Foran implicados en aquel asunto?

¿Se trataba de algún turbio negocio que llevaban entre manos Foran y el padre de Mintzai?

Tiempo atrás, habían sido socios..., pero, tal vez en la actualidad, se habían aliado de nuevo para llevar a cabo Dios sabía qué misterioso asunto... nada limpio, si se juzgaba por las muertes que se habían producido.

No sabía qué pensar. Ciertamente, Myroff había estado aquella tarde en casa de su prometida, aunque bajo el nombre y la personalidad de Maynand, el sedicente poeta. Era lógico suponer que la visita se debía al deseo de explorar el terreno y permanecer, a la noche, en la biblioteca, el menor tiempo posible.

Pero alguien le había sorprendido, apuñalándole y llevándose el libro que, al parecer, constituía, y contenía, la clave del enigma.

«¿Qué enigma?», se preguntó.

Imposible hallar una respuesta adecuada. No se le ocurría ninguna.

Tampoco encontraba respuesta alguna para el nombre del

asesino de Miroff. Pero, de repente, se le ocurrió una que le dejó helado de pavor.

¿Carol?

¿Una chica tan linda?

El rostro bonito y el cuerpo esbelto no constituían garantía alguna de honradez, se dijo. A pesar de todo, se le hacía insoportable la idea de que Carol hubiese apuñalado a Myroff.

Tal vez había sido en legítima defensa. Quizá, siguió con sus frenéticos razonamientos, Carol había estado en la biblioteca y, sorprendida por Myroff, se había defendido del mejor modo posible.

Myroff había sido, ciertamente, un hombre de enorme potencia física, pero, a veces, la excitación, unida a la sorpresa, anulaban tales cualidades en un caso semejante.

Y Carol, loca de miedo, había apuñalado por sor presa a Myroff, matándole.

Era la única explicación que cabía, porque sólo ella conocía la clave escrita en el polvo. Llegó a un lugar más céntrico y detuvo un taxi.

—Al Hotel Luxonia —ordenó.

En el camino se cruzaron con un coche policial, que corría a toda velocidad, haciendo aullar su sirena. LeCarr hubiese querido reír, pensando en el espantoso jaleo que se iba a organizar en la mansión de los Foran —y el que seguiría después—, pero no tenía humor para ello.

Minutos más tarde, el taxi se detenía ante el hotel. LeCarr abonó el importe de la carrera y abandonó el vehículo.

Cruzó la acera y entró en el hotel, dirigiéndose rectamente hacia el mostrador de recepción. El conserje se puso en pie para atenderle.

—¿Señor? —dijo.

LeCarr empezó poniendo sobre la tabla del mostrador un billete de a diez dólares, que desapareció inmediatamente de la vista.

—Quiero que me conteste a unas preguntas, amigo —dijo el joven—. ¿Ha estado aquí todo el tiempo, desde que tomó el servicio nocturno?

—Sí, señor, desde luego —respondió el conserje.

—Aquí hay alojada una dama. La señorita Mary Jones. —LeCarr dio el nombre falso con el que Carol se había inscrito en el hotel—.

¿Puede decirme si ha salido después de la cena o, por lo menos, desde que usted está aquí?

—No, señor. No conozco a esa dama, pero tampoco creo que... ¿Cómo es, por favor?

—Morena, pelo corto, esbelta, un metro sesenta y cinco de estatura y de unos veintitrés años de edad, aproximadamente. Viste... claro que vaya a saber el traje que se habrá puesto para salir, si es que salió.

—No, no salió, señor —declaró el conserje—. Puede estar seguro de ello. La señorita Jones se encuentra en su habitación en estos instantes.

LeCarr se sintió considerablemente más aliviado.

—Gracias, amigo. Voy a visitarla.

Se dirigió a la escalera y subió los peldaños de tres en tres. La habitación de Carol se hallaba en el segundo piso.

Llamó a la puerta.

—¿Quién es? —contestó una voz, casi enseguida.

—Yo, Carol. Abra, por favor.

La joven obedeció. LeCarr franqueó el umbral.

—¿Qué le pasa? —preguntó ella—. ¿Por qué viene a horas tan intempestivas?

—Myroff ha muerto apuñalado en la biblioteca de la casa de mi prometida.

LeCarr soltó la noticia sin rodeos, con el fin de estudiar las reacciones de la muchacha.

—¡Cielos! —dijo Carol—. ¡Myroff, apuñalado!

—Así es —confirmó él—. Yo mismo lo he visto.

—Bueno, lo siento.

—¿Es eso todo lo que puede decirme, Carol?

—No se me ocurre nada más, la verdad.

LeCarr frunció el ceño. Encontraba algo raro en la actitud de Carol y no acertaba a definirlo.

—Faltaba el libro decimoséptimo de una de las terceras estanterías —añadió.

—Es una lástima, Sher. Hemos perdido el tiempo, ¿no?

—Sí —convino el joven—. Ya no sabremos qué decía el libro. Hubo un momento de silencio.

—¿Puedo fumar? —preguntó él, de pronto.

—Tengo sueño. Quisiera dormir —se excusó la muchacha.

—En tal caso, me retiro. Dispénseme, Carol.

—De nada. Buenas noches, Sher.

—Hasta mañana, Carol.

El joven salió de la estancia y se dirigió hacia el arranque de la escalera. Pero antes de llegar a ella, lanzó una rápida mirada en torno suyo.

Frente a la escalera, había la puerta de una de las habitaciones del hotel. LeCarr giró en redondo y se acercó a la puerta.

Tanteó el pomo con infinita suavidad. Luego, centímetro a centímetro, fue empujando la puerta, hasta que hubo espacio suficiente para que pudiera pasar su cuerpo.

Escuchó atentamente. El huésped roncaba con gran estrépito. LeCarr confió en que no despertase.

—De otra manera, ¡adiós mi plan! —musitó.

Esperó pacientemente, mirando a través de la estrecha rendija que había dejado. Pasaron casi diez minutos antes de que oyera el ruido que hacía la puerta de la habitación de Carol al abrirse.

La figura de la muchacha, cubierta con un impermeable amarillo, apareció ante sus ojos. Un hombre iba a su lado, sujetándola por el brazo.

LeCarr sonrió. Sus sospechas se habían confirmado.

La pareja se dirigió hacia la escalera. Carol y el hombre, a quien LeCarr reconoció como el compinche de Emil, volvieron la espalda al joven.

Entonces, LeCarr salió de su escondite y, pisando en silencio, se acercó por detrás a la pareja. Elevó el brazo izquierdo, lo pasó por delante de la cara del rufián y le tapó la boca.

Dean se llevó una tremenda sorpresa. Antes de que pudiera reaccionar, notó que algo duro se apoyaba en su costado.

—Si intentas escapar, considérate difunto —habló el joven a su oído. Vio que la muchacha se alteraba y añadió presurosamente—. ¡Carol, silencio, por lo que más quiera!

¡Registre a este individuo, pronto!

Carol se rehízo con notable presteza.

—Acaba de aparecer usted como llovido del cielo —dijo, lanzando un profundo suspiro de alivio.

Dean continuaba inmóvil. El joven le dijo:

—Vamos a volver a la habitación de la señorita Mintzai. Si haces un solo movimiento, te mataré como a un perro. Las circunstancias no están como para andarse con rodeos, ¿comprendes?

Dean asintió en silencio. LeCarr le obligó a girar.

Segundos después, la muchacha cerraba la puerta de su dormitorio. Con no poca alegría, se desprendió del impermeable, que lanzó a un lado.

LeCarr mantenía a raya al indeseable con su propia pistola. Dean, abatido, se había sentado en un sillón.

—Sher, ¿cómo supo usted que me hallaba en dificultades? —preguntó ella. El joven sonrió.

—Primero, contestó con demasiada rapidez a mi llamada.

—Es cierto —concordó ella—. ¿Qué más?

—Segundo, cuando abrió, ya tenía ceñida la bata. Noventa y nueve veces de cada cien que llamen a su habitación cuando esté en la cama, usted se pondrá la bata por el camino, terminando de ajustarse el cinturón en el momento de abrir.

—¡Qué tío! —exclamó ella, admirada—. ¿Y eso es todo?

—Bueno, sus respuestas... Me parecieron demasiado forzadas, poco calurosas. No daba la sensación de hallarse demasiado impresionada por la muerte de Myroff.

—Me ha dejado aplanada, ésta es la verdad. ¿Quién fue?

—En un principio, yo llegué a sospechar de usted —declaró él redondamente.

—No he salido de mi habitación desde que usted me dejó en ella.

—Ya he cuidado de cerciorarme con el conserje nocturno.

LeCarr volvió los ojos hacia el forajido. ¿Dónde se había escondido este pajarraco?

—En el baño —explicó Carol—. Pero mi espalda caía justamente en su línea de tiro.

—Comprendo. ¿A qué vino?

—Dijo que debía acompañarle.

—¿Adónde?

Carol se encogió de hombros.

—No me lo dijo. Sólo habló de un paseo. LeCarr miró de nuevo al prisionero.

—¿A la cabaña de Down Point? —preguntó.

Dean apretó los labios. LeCarr dio a la muchacha una orden:

—Carol, desgárese las ropas y aráñese la cara. Luego salga al pasillo, mientras yo mantengo a raya a este pájaro y grite pidiendo socorro. Vendrá la policía, usted le acusará de que se introdujo violentamente en su habitación con fines nada limpios y...

—¡No! —rugió Dean—. No haga eso, señorita. LeCarr sonrió.

—Entonces, ¿se muestra dispuesto a cooperar? El forajido masculló una interjección en voz baja.

—Sí, íbamos a la cabaña de Down Point —confirmó.

—¿Quién se lo ordenó?

—El jefe.

—¿Myroff?

—Nunca supimos su nombre. Él no quería que supiéramos.

—Entonces, ¿cómo se ponía en contacto con los dos?

—Nos llamaba a un teléfono convenido de antemano. Cuando no ejecutábamos alguna de sus órdenes, Emil o yo permanecíamos constantemente de guardia ante el teléfono.

—¿Dónde les contrató?

—En Nueva York. Nos anticipó mil dólares a cada uno y nos prometió dos mil más para cuando todo hubiese terminado.

—¿A qué se refiere usted con todo, Dean?

—Al asunto que ese pájaro se traía entre manos... Nunca nos dijo de qué se trataba. LeCarr y la muchacha intercambiaron una rápida mirada.

—¿Quién mató a Hazlos? —preguntó ella—. Al viejo, me refiero.

—El, el jefe. Lo estranguló personalmente, cuando le dijo lo que quería saber.

—Me pongo enferma —dijo ella, sentándose en una silla.

—Se comprende —murmuró LeCarr—. ¿Y qué le dijo Hazlos?

—El paradero de la señorita Mintzai.

—¿Dónde está el cadáver de Hazlos? Dean se resistía a hablar.

—Estoy metido en un buen jaleo —se lamentó.

—Peor está Emil —contestó LeCarr fríamente—. ¡Hable!

—Lo enterramos en una duna, a doscientos metros de la cabaña.

—¡Criminales! —le apostrofó la muchacha.

—¡Un momento! —exclamó LeCarr—. Dean, ¿cómo encontró usted a la señorita Mintzai?

—El jefe me dijo que calculaba debía encontrarse en algún hotel.

Me dio un puñado de dinero para que fuese sobornando a los conserjes...

—¡Pero ella estaba registrada bajo otro nombre! Dean sonrió cínicamente.

—Sin embargo, no puede cambiar el físico —contestó—. Y yo supe describirla muy bien.

—¡Qué cara más dura! —se escandalizó Carol.

—Y después de encontrarla —siguió LeCarr—, usted tenía que llevarla a la cabaña de Down Point.

—Así es.

—¿Para qué?

—El jefe no daba explicaciones. Sólo órdenes. LeCarr reflexionó durante unos momentos.

—¿En qué está pensando, Sher? —preguntó Carol.

—En Myroff —respondió él.

—Ha muerto apuñalado. Usted mismo ha dicho que lo ha visto.

—En efecto, así es. Pero...

LeCarr volvió a meditar durante unos instantes.

—El secreto estaba guardado en un libro. El libro ha desaparecido.

—Y se lo llevó el asesino de Myroff —dijo ella.

—Pero éste había dado orden de ir a Down Point. Carol le miró con los ojos muy abiertos.

—¡Sher! —exclamó.

—¿Sí, Carol?

—Me parece... Creo que estoy adivinando sus pensamientos. El joven sonrió.

—Sí, exactamente es eso lo que pienso, Carol —contestó.

—¿A estas horas?

—¿Por qué no? Sólo llegaremos con un retraso de algunos minutos, menos de una hora.

Carol indicó al prisionero con un gesto de su cabeza.

—¿Y él? —preguntó.

—Vendrá con nosotros —afirmó LeCarr.

—¿Cómo? —chilló Dean.

El abogado le agarró por el cuello.

—Escucha un momento, pajarraco. Vas a hacer, punto por punto, todo lo que yo te diga o, de lo contrario, te verás en un

aprieto de los gordos. Favoreciéndote mucho, podemos declarar que Myroff estranguló a Hazlos y que Emil enterró su cadáver. Pero si no actúas como yo quiero, juro que haré todos los posibles para que se te considere como cómplice de Myroff.

Dean le escuchaba con los ojos abiertos de par en par. Implacable, LeCarr continuó:

—¿Sabes que el cómplice y encubridor de un asesinato sufre la misma pena que el autor? Pues entonces, si no quieres que te pase lo mismo que a Myroff, obedece y calla, ¿estamos?

El rufián se abatió. Al ver su aspecto, LeCarr sonrió, sabiéndose triunfador.

CAPÍTULO XIII

LeCarr se detuvo al pasar por delante del mostrador de la recepción.

—¿Señor? —dijo amablemente el conserje nocturno.

—Oiga, amigo, cuando estuve antes, usted no me mencionó que la señorita... Jones tenía una visita —manifestó el joven.

El conserje sonrió con malicia.

—Usted sólo me preguntó si la señorita Jones había salido de su habitación y yo le di la respuesta adecuada. LeCarr se quedó parado.

—Es verdad, tiene usted razón, amigo —contestó. Metió la mano en el bolsillo y preguntó—: ¿Tiene ahí cambio de veinte dólares?

—¿Cómo no, señor?

El conserje sacó del bolsillo unos cuantos billetes. LeCarr tenía en la mano un billete de veinte dólares.

—Dean, muchacho —preguntó LeCarr—, ¿cuánto le dio usted a este buen amigo?

—Diez «pavos» —gruñó el rufián hoscamente.

—¡Hum! —dijo el joven. Tomó los billetes de a diez dólares y se los embolsó tranquilamente—. Gracias, amigo.

—¡Eh! —protestó el conserje—. ¿Y el billete de a veinte?

—Yo le pregunté si usted tenía cambio de un billete de veinte dólares, pero no le garanticé que se lo diera contra entrega de los dos de diez que usted me ha dado. Así que, para la próxima vez, aprenda y no sea tan imbécil como esta noche.

Y antes de que el atónito conserje, estupefacto por la aguda respuesta de LeCarr, pudiera reaccionar, el trío salió del hotel, dejándole parado tras el mostrador.

En la calle, LeCarr preguntó:

—Dean, ¿dónde está el coche?

—Allí —gruñó el rufián, señalando un punto de la calle.

—Recuerde mis instrucciones y no se desvíe un solo punto de ellas. Si piensa que no soy capaz de hacer fuego, haga la prueba cuando quiera.

—Está bien —contestó Dean desanimadamente.

Minutos después, el coche arrancaba en dirección a Down Point. LeCarr iba al volante. Detrás viajaban Carol y el forajido.

Media hora más tarde, los faros del vehículo alumbraban la duna, al otro lado de la cual se hallaba la cabaña. LeCarr maniobró con precaución y emprendió el descenso, deteniendo el vehículo a unos diez metros de la cabaña.

Dean ordenó:

—¡Fuera los dos! ¡Las manos en alto!

El rumor de la resaca llegó claramente a sus oídos.

Un soplo de brisa marina, húmeda y con olor a yodo, les golpeó el rostro.

LeCarr y la muchacha dieron un par de pasos hacia delante. Dean estaba tras ellos, apuntándoles con la pistola.

—Sigan adelante —dijo en voz alta.

La pareja continuó su camino. Un débil resplandor lunar iluminaba el ambiente, anulando apenas las tinieblas de la noche.

Dean elevó la voz de nuevo:

—¡Jefe! —llamó.

Sólo le contestó el murmullo del viento y el chasquido de las olas que rompían monótonamente contra la playa. Con paso lento y calculado, LeCarr y la muchacha, seguidos por Dean, dieron la vuelta a la esquina de la cabaña, situándose delante de la fachada principal.

—¡Jefe! ¿Dónde se ha metido? —gritó el rufián nuevamente. LeCarr y Carol se miraron, desconcertados.

—Quizá me equivoqué —murmuró él.

De pronto, Dean emitió un apagado gemido. Los dos jóvenes se volvieron al mismo tiempo.

Carol gritó. Dean caía al suelo.

Detrás del rufián, apareció un hombre, cuya silueta evidenciaba su gran corpulencia.

Algo metálico brillaba en la mano derecha.

—No, no se equivocó —dijo el sujeto, haciendo que sus dientes

brillaran al sonreír—. Estoy aquí, abogado.

LeCarr bajó la vista hacia el suelo. El mango de un puñal aparecía clavado en la espalda de Dean hasta la empuñadura.

—Es usted muy aficionado a usar las armas blancas, Carven Myroff —dijo, procurando aparentar tranquilidad.

Myroff sonrió de nuevo.

—Son tan silenciosas... —contestó.

—Y, sobre todo, útiles. Suprimen estorbos, ¿no?

—Exactamente —contestó el criminal con supremo cinismo—. El pobre Dean apenas ha tenido tiempo de enterarse de lo que sucedía y, efectivamente, se había convertido en un estorbo.

Carol se mordió los labios para no gritar. Creía hallarse en su cama del hotel, padeciendo una pesadilla..., pero no, era realidad. Myroff estaba vivo y el arma que empuñaba ofrecía un aspecto realmente mortífero.

—Y nosotros, por descontado —añadió LeCarr—, también constituimos un estorbo para usted.

—Sólo uno de los dos —respondió Myroff—. Por cierto, ¿cómo sabe que soy yo y no Maynand?

—Haciendo mis deducciones —contestó el joven.

—Explíquese, por favor.

—Después que encontré el cadáver en la biblioteca del señor Foran, recordé que tenía la cara recién afeitada. Esto me hizo sospechar que podía tratarse del poeta... y luego, la presencia de Dean en el cuarto de la señorita Mintzai, con órdenes de traérsela a la playa, fue el dato que acabó de confirmar mi hipótesis. El muerto no era Myroff, sino Maynand. Por cierto, apenas se le notaba lo del ojo —añadió LeCarr intencionadamente.

—Era una «posse» presuntuosa la suya —sonrió Myroff—. Decía que, con un parche negro, el cual, por supuesto, era transparente, resultaba mucho más interesante.

—Entonces, tal como él me aseguró, no era tuerto.

—No más que usted y que yo, señor LeCarr.

—El parecido entre ambos era verdaderamente notable.

—Consecuencia de haber nacido con escasos minutos de diferencia.

—¡Gemelos! —explotó Carol. Myroff se inclinó ligeramente. Acertó, preciosa— dijo.

Ella le contempló horrorizada.

—¿Y fue capaz de asesinar a su hermano gemelo? —dijo, sintiéndose desfallecer.

—Ya sé que no me van a creer —respondió Myroff—, pero, por imposible que parezca, no fui yo el que mató a Coutts.

—¿Quién, entonces? —preguntó LeCarr.

—Lo ignoro. Cuando entré en la biblioteca..., pues yo le estaba aguardando fuera y me extrañó su tardanza, agonizaba ya. No tuvo tiempo de hablar ni de decirme nada. Murió enseguida.

LeCarr se sentía tremendamente desconcertado. Al menos, en aquel aspecto, Myroff parecía sincero.

—¿Por qué fue él y no usted? —preguntó. Myroff sonrió abiertamente.

—Pura precaución —contestó.

—Comprendo. Si le sorprendían, sería a él a quien detendrían... y, conocido de Resha Foran y su familia, siempre tendría una explicación para su insólita presencia en la biblioteca, aunque afeitado y sin parche, ¿no es cierto?

—En efecto —contestó el criminal.

—¿Y él le ayudaba?

—Era mi hermano. Y obtenía buenos dólares por su ayuda.

—Entonces, no encontró lo que buscaba.

—No —admitió Myroff con todo desparpajo.

—Nosotros tampoco lo tenemos —dijo el joven. Myroff señaló hacia la muchacha.

—Ella me ayudará a encontrarlo —dijo fríamente.

—¿De qué se trata? —preguntó Carol.

—No se preocupe, no es cosa que deba importarle.

—¡Pero si ella no sabe dónde está el libro! —alegó LeCarr. Myroff frunció el ceño.

—Se ve que es usted muy duro de moliera, abogado LeCarr. Yo me quedaré con la chica como rehén.

—¡No! —protestó el joven con energía.

—Y su padre, entonces, no tendrá más remedio que darme el libro... o lo que contenía éste.

LeCarr comprendió entonces las intenciones del criminal.

—Pero no la soltaré, aunque el señor Mintzai le entregue el libro. Luego la asesinaré, como hizo con Stephen Hazlos, con Owen

Dull... Por cierto, ¿quién era Owen Dull?

Desesperadamente, LeCarr trataba de distraer la atención del asesino.

Myroff se hallaba a cuatro pasos de distancia. Antes de que pudiera saltar hacia él, Myroff tendría tiempo más que sobrado de meterle dos balazos en el cuerpo.

—¿Dull? —repitió el criminal—. Un mensajero del señor Mintzai. También había venido a buscar lo mismo, sólo que tuvo la mala suerte de verme, reconocerme y... —Myroff suspiró—. No me quedó otro remedio que suprimirlo.

—Dejando, como rastro, un débil perfume femenino y una pulserita con las iniciales de la señorita Mintzai —dijo LeCarr.

—Era preciso embarullar las pistas —sonrió Myroff—. Usted me reconoció anoche cuando estaba suplantando a mi hermano. ¿Cómo advirtió el cambio?

—Su hermano no fumaba. Usted usa una boquilla demasiado pretenciosa.

—Un error lamentable, que no volveré a cometer en lo sucesivo —suspiró Myroff. Movi6 la mano—. Bien, vamos a terminar la función. Lo siento, pero, créame, no me queda otro remedio.

Repentinamente, Carol se adelantó lateralmente, colocándose ante el cuerpo del joven.

—Dispare, Myroff —dijo resueltamente El asesino lanzó un gruñido de cólera.

—Apártese —ordenó.

Carol echó los brazos hacia atrás.

—Dispare si se atreve —insistió—. Yo le intereso a usted viva, no muerta. Myroff maldijo entre dientes.

La resuelta actitud de la muchacha representaba para él una complicación inesperada, que no sabía cómo solucionar.

Aprovechando el momento, LeCarr empezó a buscar el revólver.

Myroff dio dos pasos en sentido lateral. Carol giró un poco, sin dejar de cubrir al joven con su cuerpo.

LeCarr sacó el revólver, pero no llegó a usarlo. Una voz sonó bruscamente en las tinieblas:

—¡Tire esa pistola, Myroff!

El asesino se volvió rápidamente e hizo fuego contra el lugar de donde había brotado la intimación.

—¡Al suelo, Carol! —ordenó LeCarr.

La muchacha se tendió inmediatamente. LeCarr se arrodilló y apretó el gatillo.

Myroff giró violentamente sobre sí mismo y cayó de espaldas, pero se incorporó rápidamente.

Una furia ciega latía en sus ojos. LeCarr se dispuso a hacer fuego por segunda vez. Entonces, una larga lanza de fuego surgió en la oscuridad, por detrás de la cabaña. Myroff exhaló un ronco grito, soltó su pistola y se venció hacia delante, hundiendo su rostro en la arena.

—Cuidado, señor LeCarr —dijo una voz masculina a pocos metros de distancia.

—Adelante, quienquiera que sea —contestó el abogado—. Si ha disparado contra ese asesino, es amigo.

Sonó una risita.

—Pero no vuelva a golpearme por segunda vez —dijo el recién llegado.

—¡Latimer! —exclamó LeCarr.

—El mismo —contestó el agente federal, avanzando hacia la pareja. LeCarr guardó el revólver y ayudó a la muchacha a incorporarse.

—¿Estás bien, Carol? —preguntó, tuteándola inconscientemente.

—Con mucho miedo, pero sin ningún rasguño —contestó la muchacha, respirando fuertemente.

—El miedo es cosa que se cura fácilmente —dijo LeCarr en tono sentencioso—. Señor Latimer, viene usted como ángel de salvación.

—Ya será un poco menos —contestó el federal, arrodillándose al lado de Myroff. Un momento después, enfundaba su revólver—. Está muerto —dijo.

—Debo deducir que nos ha estado siguiendo usted —manifestó LeCarr.

—En efecto. —Latimer meneó la cabeza con gesto pesimista—. No es agradable pensar que he matado a dos hermanos en una misma noche.

—¡Cómo! —Respingó el joven—. ¿Usted...?

—Sí. Sorprendí a Maynand en la biblioteca. Traté de arrestarle; sólo pretendía intimidarle y hacer que me confesara muchas de las trapacerías de su hermano, pero se asustó, forcejeó conmigo... y

sacó el cuchillo. Luchamos y... bueno, no había otra opción. El o yo —concluyó Latimer con acento sombrío.

LeCarr señaló el cuerpo de Myroff.

—El era el verdadero culpable —dijo.

—Sí —convino el federal—. Hacía tiempo que le veníamos siguiendo la pista.

—¿Tiene usted el libro?

—Me lo llevé después de la lucha con Maynard... Bueno, también se llamaba Myroff, pero el sayo era un pseudónimo artístico.

—¿Y qué contenía el libro? —pregunta la muchacha, invadida por la curiosidad.

—Cierta lista de agentes secretos que operan en Hungría. — Latimer miró a Carol—. Su padre, señorita Mintzai, nos ha estado ayudando durante mucho tiempo, pero recibió confidencias de que trataban de apoderarse de la lista y la escondió en el libro... Bueno, esconderla es un eufemismo. Lo que hizo fue establecer una clase que sólo él y Hazlos conocían, a base de determinadas palabras impresas.

—Y cuando vino a visitar a Foran, aprovechó para dejar el libro en la biblioteca, ¿no es así?

—Justamente. Entonces, Myroff, que sabía que Hazlos había tenido relación con el señor Mintzai, le hizo prisionero.

—Pero yo no tenía nada que ver con el asunto —alegó Carol—. Estaba completamente ignorante de lo que sucedía.

—Myroff no lo creyó así. Pensaba que su padre la había informado a usted del lugar donde estaba guardada la lista y por eso la buscaba con tanto ahínco. El señor Mintzai envió a Dull como mensajero para prevenir a Hazlos, pero Dull tuvo la mala suerte de encontrarse con Myroff.

—Eso significa que Myroff tenía otros cómplices.

—Desde luego, pero ya los tenemos localizados. Su red será desarticulada dentro de muy poco.

—A mí, lo que me gustaría saber —dijo la muchacha—, es cómo se las hubiera arreglado Myroff, en el supuesto de que yo hubiese tenido el libro, si no sabía descifrar la clave.

—¿No dijo que la iba a tomar como rehén? —recordó Latimer.

—Es cierto —suspiró ella—. Afortunadamente...

—Ustedes ya han terminado —dijo el federal. Miró al abogado—. Señor LeCarr, gracias por la ayuda prestada.

—¿Aunque sea a costa de un golpe en la cabeza? —sonrió el joven.

—Gajes del oficio —contestó Latimer filosóficamente. A lo lejos, se veían brillar algunos faros de automóvil.

—Creo que ya vienen a ayudarme —dijo Latimer—. Pueden marcharse, pero mañana habrán de prestar declaración de todo lo que saben y han presenciado.

—No faltaría más —contestó Carol.

LeCarr, sin embargo, no se sentía tan optimista. Pensaba en los titulares de los periódicos. ¿Qué iba a decir la familia Foran?

Epílogo

La familia Foran no dijo nada de lo que LeCarr temía. Por el contrario, el señor, la señora y la señorita Foran se sentían contentísimos de que un héroe ingresara muy pronto en la familia.

—La cabaña era de Myroff —explicó el joven con voz pomposa—, quien, por lo visto, no era la primera vez que la usaba para tales menesteres. Hazlos se enteró del peligro que corrían y dejó primero el mensaje en la geografía de la señorita Mintzai. Luego, cuando fue hecho prisionero, Emil y Dean lo encerraron en el desván de la cabaña, hasta que llegara su jefe. Entonces, Hazlos, que conocía la ubicación del libro en su biblioteca, escribió el mensaje en el polvo con el dedo, sabiendo que no iba a salir de allí con vida. No sabía que el señor Mintzai moriría también y...

Resha se levantó y se dirigió hacia el joven.

—Amor mío —dijo apasionadamente.

Se dispuso a abrazarle, pero no tuvo tiempo. Ginny, la doncella, abrió la puerta.

—Con permiso. El señor LeCarr tiene una visita. Sheridan se volvió hacia la puerta.

—¿Yo? ¿Quién es, Ginny?

La doncella sonreía maliciosamente.

—Perdone el señor —contestó. Y se echó a un lado.

Una mujer, aún joven y agraciada, con un chiquillo de pecho en los brazos y otro de cinco o seis años, cogido de la mano, entró en el salón.

—¡Sher! ¡Mi vida! —exclamó.

El chico echó a correr hacia LeCarr.

—¡Papá, papaíto! —gritó, agarrándose a sus piernas LeCarr se sentía aterrado. ¿Quién era aquella mujer? ¿De dónde sacaba el chico que él era su padre?

La joven se le acercó.

—Mira al pequeño Bobby. ¿Verdad que es tu vivo retrato, Sher? —dijo, enseñándole al niño que llevaba en brazos.

LeCarr volvió los ojos hacia su prometida. Tuvo que bajarlos.

Resha yacía sobre la alfombra. Sus padres contemplaban al joven con helada expresión.

—Bueno, querido —dijo la joven—, ¿nos volvemos a casita?

De repente, LeCarr comprendió lo que había sucedido. Apartó a la mujer y salió corriendo de la estancia.

Carol se hallaba sentada en la parte anterior de un coche, retocándose el maquillaje con ayuda del retrovisor.

—Hola, Sher —saludó la muchacha tranquilamente.

—Has sido tú —bramó él.

—En la guerra y en el amor... —contestó ella con sorna.

—Pero ésa no es mi esposa..., ni los chicos son mis hijos...

—Claro que no. Ella tiene un marido que la adora y está loca por sus niños. Pero es una estupenda amiga mía y se prestó de buena gana a la comedia. ¿Crees que iba a consentir que te desgraciasaras para toda la vida, casándote con una alérgica al caviar?

LeCarr abrió la portezuela y se sentó al lado de Carol.

—¿Y qué sabes tú si yo iba a ser o no desgraciado con Resha como esposa? —Gruñó. Carol guardó tranquilamente la polvera y se volvió para mirarle.

—Te salvé la vida en una ocasión, ¿lo recuerdas?

—Sí; y te estoy muy agradecido, aunque eso no quiere decir...

—Significa que si tienes que casarte con alguien, lo harás conmigo. Pero no temas; la única que dirá: «Sí cielo... como quieras, vidita... desde luego, amorcito...» seré yo.

Le echó los brazos al cuello y le miró de una manera que rindió los últimos baluartes de la resistencia de LeCarr.

—Sólo quiero que me digas sí una vez, sólo una —pidió—. ¿Te casarás conmigo?

Lentamente, el ceño fruncido del abogado fue dejando paso a una ancha sonrisa de complacencia.

Carol tenía razón. Tal vez pasaran apuros e incluso calamidades, pero ella era una mujer fuerte, que sabría sobrellevar con buen ánimo cualquier adversidad. Además, le amaba; tenía a su padre fuera de la ciudad y...

—¿Te casarás conmigo? —repitió ella, acentuando la presión de

sus brazos. LeCarr estaba ya decidido.

—Sí —contestó, inclinándose a besarla.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.